Sun Tzu

El arte de la guerra

Alianza editorial

Sun Tzu

El arte de la guerra

Traducción del chino clásico y estudio introductorio de Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal

Alianza editorial

A mi hermano Miguel, claro.
Y a mis primos Bosco y Eduardo.

Estudio introductorio

CRONOLOGÍA DE LAS DINASTÍAS RELEVANTES[1]

Dinastía Shang 商 1750-1080 a.C.	
Dinastía Zhou 周 1080-221 a.C. a) Zhou Occidental西周 1080-771 a.C. b) Zhou Oriental 东周 770-221 a.C. Era de “Primavera y Otoño” 770-481 a.C. Era de “Reinos Combatientes” 480-221 a.C.	
Dinastía Qin 秦 221-206 a.C.	
Dinastía Han 汉 206 a.C.-220 Han Anterior 206 a.C.-9 Han Posterior 25-220	
Tres Reinos 三国 220-265 Dinastía Wei 220-265	
Jin Occidental 西晋 265-316	
Jin Oriental 东晋 317-420	
Dinastías del Norte y del Sur 南北 420-589	
Sui 隋 581-618	
Tang 唐 618-907	
Song del Norte 北宋 960-1127	
Song del Sur 南宋 1127-1279	
Yuan 元 1279-1368	
Ming 明 1368-1644	
Dinastía Qing 清 1644-1911	

[1] Autor: Julio López Saco, tomado y modificado levemente de G. García-Noblejas, editor, *China. Pasado y presente de una gran civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 2012, pp. 29-30.

Autor: Julio López Saco, tomado y modificado levemente de G. García-Noblejas, editor, *China. Pasado y presente de una gran civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 2012, pp. 29-30.

CRONOLOGÍA DE LAS DINASTÍAS RELEVANTES1

0. Cómo leer *El arte de la guerra*[1]

Conviene que el lector sepa cuanto antes que las frases y los párrafos que conforman la obra que se presenta no van trazando un desarrollo sostenido y argumentado. Lejos de haber sido escrito como un todo bien planificado desde la primera línea hasta la última, *El arte de la guerra* consiste en un montón de textos de diversa procedencia y autoría que, como ya decía hace siglos el erudito chino Liu Yin, de la dinastía Ming, se parece a «un montón de perlas tintineando por un plato». No espere el lector, por lo tanto, poder hacer una lectura al uso, como si fuera un libro estructurado como suelen estructurarse los ensayos, aunque lo parezca a primera vista, pues es una sucesión de frases, párrafos y capítulos que exponen los factores que intervienen en una guerra, las maneras de resolver un conflicto a nuestro favor, los modos de vencer a cualquier oponente a pinceladas sueltas.

El que sea una obra compuesta de aforismos más que de desarrollos, de máximas más que de exposiciones, aclara también el porqué de esa concisión y, a veces, indeterminación semántica de sus frases. No es –como se ha dicho– que el libro sea abstracto; es, simplemente, que el lector se enfrenta aquí a una serie de máximas mínimas, de máximas que nacen y mueren sin mucho desarrollo, como relámpagos que duran dos segundos; sentencias que dejan a veces con ganas de que el autor se explique un poco más. Pero no lo hace. El libro nos ha llegado así y así hay que leerlo.

Esta obra fue escrita para que la leyeran los generales chinos de hace unos dos mil trescientos años, no para los filósofos, ni los pensadores, ni el público en general; y tenía por objetivo el proporcionar a los generales una serie de conocimientos específicos que condujeran a sus ejércitos siempre a la victoria. Hoy día no sólo resulta útil a los generales –y la prueba está en que sigue siendo objeto de análisis y estudio en los cursos de Estado Mayor de numerosos países, como, por ejemplo, España–, sino también a todo aquel que se halle en la tesitura de tener que dirigir a un grupo de

personas hacia la consecución de un objetivo, sea éste cual sea, venciendo a un oponente. Sus aplicaciones en el ámbito de los negocios, sobre todo gracias a los hongkoneses y japoneses desde mediados del siglo XX, son ya extraordinarias. Pero también lo son en muchos otros ámbitos de la vida cotidiana de miles de personas. La manera correcta de leer *El arte de la guerra* está en descubrir para qué nos resulta útil a cada uno.

A pesar de que su aplicación en la vida de cada lector moderno sea sin duda un factor importante en nuestra obra, en las siguientes líneas viajaremos al pasado y trataremos de contextualizarla en la historia y el pensamiento de sus tiempos para, así, entender en qué consistió su originalidad y valor y, quizá también, poder estimarla en una más justa medida.

1. Autoría y datación

Intentar desvelar quién escribió y cuándo *El arte de la guerra* nos servirá sin duda para aclarar dicha falta de estructura en nuestro libro. Para hacerlo, conviene empezar recordando, con el historiador chino del siglo XVIII Chang Hsüeh-ch'eng (1738-1801), que no «hay un solo ejemplo de escritura (individual) de libros en la Antigüedad»[2] china, es decir, que ni *El arte de la guerra* ni ninguno de los demás grandes libros de la China clásica, es decir, ninguna de esas obras que tienen ya una dimensión universal, fueron escritos a título individual, por un solo hombre, por un autor único.

El proceso que culminaba en la formación de un libro era más o menos como sigue. O bien, una vez muerto un determinado maestro de pensamiento, los discípulos coetáneos o posteriores ponían por escrito las anécdotas y pensamientos del maestro, sus teorías, sus observaciones, a veces citando palabra por palabra y a veces resumiendo o describiendo; o bien una serie de autores de una misma escuela iban escribiendo textos sueltos que terminaron atribuyendo a un maestro más bien inventado.

Fuera como fuere, con o sin maestro de carne y hueso, lo que nos interesa destacar es que el conjunto de textos sueltos de una escuela iba creciendo con el paso de los años, iba

rehaciéndose, recortándose, aumentándose, corrigiéndose, hasta que, en un momento de difícil determinación, alguien –a veces archiveros imperiales, a veces no– juntaba todos aquellos fragmentos bajo un título. A partir de entonces, sobre todo a partir de la dinastía Han Posterior (25-220 d.C.), pero no siempre, se transmitían en una sola versión. Y lo habitual es que, ya en la dinastía Song, se hicieran las primeras ediciones impresas, unitarias y estables, fijadas ya para la posteridad.

Se ve, por tanto, que los libros no solían nacer enteros y cerrados, sino que se asemejaban a cajones en los que iban depositándose, casi sedimentándose, fragmentos, frases y textos de escuela hasta que, en un determinado momento, se "editaban", se los hacía circular escritos a pincel sobre varillas de bambú cosidas con hilos entre los miembros de la escuela en cuestión fundamentalmente; o, dinastías después, ya hacia el siglo x d.C. y tras la invención de la imprenta, en papel.

El lector comprenderá ahora por qué resulta casi imposible encontrar una sola gran obra que, con anterioridad al año 221 a.C., haya sido escrita por un solo autor. El "libro" no era algo que tuviera un principio y un fin prefijados desde el momento de su gestación, porque los libros no se escribían de principio a fin siguiendo un esquema previamente establecido por una sola mente, ni eran obra de una sola pluma, sino que se iban formando por acumulación de textos que provenían de diversas plumas y de distintos momentos históricos. El período de recopilación de todos esos textos y frases que luego terminarían formando un libro es, en consecuencia, difícil de determinar y muy extenso en muchos casos. Piénsese, por ejemplo, que el *Libro de los cantos* (诗经)[3], la mayor obra de poesía de la civilización china, tardó en componerse más de cuatro siglos.

Se entenderá ahora por qué resulta poco o nada viable saber *quién* escribió las grandes obras de pensamiento de la Antigüedad, ni tampoco *cuándo*. Las excepciones existentes (como, por ejemplo, *Los anales de Lü Buwei* (吕氏春秋), terminado en 239 a.C.) confirman la regla. Hablar de los textos "del" maestro Zhuang o "de" Confucio es ciertamente arriesgado si no erróneo, ya que tales libros no eran *de*

Confucio ni *del* maestro Zhuang en el sentido actual de la expresión, sino obra de un variado, extenso y nutrido grupo de seguidores del confucianismo y del taoísmo, respectivamente. Eran obra de los miembros de la escuela. Eran libros de anónima autoría colectiva.

El título es el tercer aspecto que querríamos comentar. La mayoría de los títulos de entonces son, simplemente, el nombre del maestro que se consideraba fundador de la escuela en cuestión. Por ejemplo, el título del libro en que se recogieron los textos de la escuela del maestro Guan no es otro que *Maestro Guan* (官子) o *Libro del maestro Guan*. El maestro Guan no los escribió todos y acaso ninguno, pero llevan su nombre como marca distintiva, como seña de identidad de escuela.

El último paso en la existencia de las grandes obras de la Antigüedad consistía, como es previsible, en su fijación definitiva, edición y transmisión. Quién y cuándo desempeñara tal tarea es una incógnita en el caso de ciertas obras, aunque no de todas. En consecuencia, lo normal es ignorar cuándo empezaron a existir, con exactitud y en forma de libro, muchas de las grandes obras de pensamiento chinas de la época[4]. Sabemos con seguridad, no obstante, que durante la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) se llevó a cabo una profunda labor de investigación, recuperación y edición (¿o deberíamos decir reedición?) de los textos antiguos, y que se fijaron entonces muchas de las ediciones que han llegado hasta nuestros días.

El cuarto y último factor que nos ayudará a comprender mejor por qué hay tal nebulosa rodeando los conceptos de autoría y fecha de composición de obras semejantes al *Arte de la guerra* es que carecemos de textos originales de la época, de ediciones cercanas a los “autores” o, al menos, a la época de composición de los libros. Tales ediciones prínceps sólo han sido conocidas en el último siglo gracias a los arqueólogos chinos. Exhumados en tumbas, dichos hallazgos librescos nos ayudan a confirmar si los textos que nosotros leemos actualmente son iguales a los que leían los chinos de entonces, o diferentes. El *Libro del Tao* (道德经) es un buen ejemplo en la medida en que ahora, tras los descubrimientos de la arqueología del siglo XX, sabemos que durante las dinastías

Zhou y Han circuló en distintas versiones; tanto es así que hay quien prefiere hablar de los libros del Tao, en plural, en vez del libro del Tao, pues ya es palmario que en la Antigüedad no se transmitía una sola edición, sino varias y distintas, que no había "un" *Libro del Tao* sino varios[5], y nada nos asegura que no se vayan a encontrar más en otras tumbas en el futuro.

Dicho todo lo cual, y viniendo ya a la obra que ahora nos interesa, no sorprenderá al lector saber que es probable que el genial estratega llamado "Sun Tzu" o "maestro Sun" jamás existiera, como veremos a continuación. Ni tampoco sorprenderá saber que, si existió y escribió algo en su vida, seguramente jamás escribió la totalidad del libro que hoy presentamos y probablemente ninguna de sus partes. Y, en fin, tampoco llamará la atención que debamos descartar que fuera escrito en el siglo VI a.C., como se creía tradicionalmente, y que debamos pensar, más bien, que *El arte de la guerra* es una obra que fue compuesta como lo fueron casi todas las demás de su época, es decir, por acumulación de textos que diversas personas escribieron a lo largo de varias décadas y que, en un momento determinado, quedaron reunidos establemente bajo el título «孙子兵法»[6] o, simplemente, «孙子» (que significa 'Maestro Sun'[7]). Desde luego, las características estructurales y lingüísticas del libro que aquí presentamos son lo suficientemente reveladoras y contundentes como para estar seguros de que su composición siguió los pasos que acabamos de describir, es decir, que fue compuesto por acumulación en un período que abarca al menos cien años.

Entonces, ¿cuándo se compuso *El arte de la guerra* y quién lo hizo? La obra se fue formando a lo largo de la segunda mitad de la dinastía Zhou, es decir, el período llamado "Zhou Oriental", y se terminaría de componer en los años que reciben el nombre de "Era de los Reinos Combatientes" (481-221 a.C.). Dataciones más exactas, que debemos a Bruce E. Brooks, proponen con notable solidez los años 345 al 272 a.C. como fechas para la composición de sus distintos capítulos[8], aunque hay autores que apuestan por dataciones más antiguas[9].

¿Qué sabemos del putativo autor, el maestro Sun, cuyo nombre completo es Sun Wu? Prácticamente nada más que lo

que nos narra de él la magna *Historia general* (史记), obra de Sima Qian (145-86 a.C.), y esta escasez de datos es notablemente extraña; dado que Sun Wu habría sido el autor de un gran clásico de estrategia, además de un victorioso general de la China clásica al servicio del rey He Lü († 496 a.C.) del reino de Wu, cuyo ejército habría conducido a una antológica victoria sobre el poderosísimo reino de Chu, lo lógico habría sido encontrar muchas menciones de él en textos como *Los comentarios de Zuo* (春秋左转, s. IV a.C.). Pero no es así. No hay ni una.

Sólo Sima Qian, una de las mayores plumas de la Antigüedad de Asia Oriental, le concedió unas líneas en su capítulo 65. Pero la biografía que ahí hizo del maestro Sun tiene unos rasgos tan anecdóticos, impresionistas y legendarios que más parece ficción que realidad. Las conclusiones de estudios modernos, como los de Jens Østergård Petersen[10], muestran que «maestro Sun» no era más que una rúbrica bajo la que no había sino nada, humo: una figura de leyenda, el nombre al que se atribuía el más alto conocimiento alcanzable de las cosas de la guerra.

Pero no sólo sinólogos europeos modernos como J. Ø. Petersen han expresado sus dudas acerca de la autenticidad histórica del maestro Sun; ya hicieron lo mismo autores chinos hace ochocientos años, a finales del siglo XII y comienzos del XIII en plena dinastía Song. Voces como las de Ye Shi (1150-1223) y Chen Zhensun (*c.* 1262) dudaban que hubiera existido tal persona, de que hubiera vivido tan atrás en el tiempo y de que hubiera escrito *El arte de la guerra* con argumentos de notable solidez[11]. Sun Wu, el reputado general y autor de nuestro libro, no habría escrito nuestra obra. No sabemos quién lo hizo. Pero sí sabemos que el nombre no era el hombre.

Las primeras copias de la obra

A pesar de desconocer cuándo y quién escribió *El arte de la guerra* con exactitud sí sabemos que circulaba en el siglo II a.C. en una versión prácticamente igual a la actual. La prueba no es

otra que un ejemplar de *El arte de la guerra* que se desenterró en 1972 en una tumba de las excavaciones de Yingqueshan, actual provincia de Shandong[12]. La tumba en que se encontró el ejemplar en cuestión está datada entre 140 y 118 a.C. Es la edición más antigua con que contamos por ahora.

En otra tumba, datada en el siglo I a.C., situada en la actual provincia de Qinhai y que recibe el nombre de Shang Sunjia Zhai, se encontraron también diversos fragmentos de libros de temática militar. No hay en dicha tumba otro ejemplar de *El arte de la guerra,* sino una buena cantidad de textos militares donde figura con frecuencia el maestro Sun, o, más exactamente, donde vemos muchas frases a él atribuidas de la misma manera en que nuestro libro comienza cada capítulo: «Dijo el maestro Sun». Según el paleógrafo chino Li Ling, ninguna de dichas frases atribuidas al maestro Sun en estos textos aparece en *El arte de la guerra*[13]; de lo que se deduce que en la dinastía Han Anterior (206 a.C.-9 d.C.) existían diversos textos sueltos atribuidos a una figura a la que se llamaba "maestro Sun".

Y sin duda hubo más copias diferentes en circulación, ya que la primera traducción que se hizo de nuestro libro a una lengua extranjera (al tangut, en el siglo XII) muestra claramente que el original de aquella traducción era distinto de nuestro original.

La primera copia *impresa* de nuestro libro data de finales de la dinastía Song y se publicó, junto a otros clásicos de estrategia militar, bajo el título *Los siete libros militares* (武经七书)[14], siendo emperador Shenzong (*r.* 1068-85). Dicho emperador incluyó nuestra obra, con las otras seis, en lo que actualmente llamaríamos cursos de Estado Mayor, pues decretó que era requisito para formar parte de los mandos del ejército el haber estudiado a fondo *Los siete libros militares*.

Pero antes de que existiera esta copia *impresa*, hubo otras muchas copias de los trece capítulos que constituyen nuestro libro, lo que muestra la gran importancia que se le fue concediendo con el paso de las dinastías ya desde la dinastía Han Posterior (25-220 d.C.). En todas las copias encontramos notas aclaratorias al texto original; notas cuyo número va en

aumento y cuya autoría se debe a notables eruditos ya de lo militar, ya de lo histórico. Y tantas han llegado a ser las notas a lo largo de los siglos que actualmente ocuparían veinte veces más espacio que el propio libro. Pero nada hay en ello de excepcional; anotar libros al reeditarlos era un hábito en China y se hacía con las obras más memorables.

No nos detendremos en hablar de todos los anotadores, pero sí aclararemos que en la última dinastía, la Qing, Sun Xingyan estableció la edición que se transmitió durante siglos con los anotadores principales, que pertenecen a dinastías sucesivas anteriores y que son los siguientes: Cao Cao (finales de la dinastía Han), el caballero Meng (dinastía Liang, de las Dinastías del Sur), Li Quan (*c.* 750, dinastía Tang), Jia Lin (finales del siglo VIII), Du You (735-812, dinastía Tang), Du Mu (803-852, dinastía Tang), Chen Hao (finales de la dinastía Tang), Mei Yaochen (1002-1060, dinastía Song del Norte), Wang Xi (*c.* 1082, dinastía Song del Norte), He Yanxi (finales del siglo XII) y Zhang Yu (Song del Sur). Pero hubo más ediciones y más anotadores en dinastías posteriores a la Song cuyas obras se han perdido.

Sólo destacaremos entre dichos anotadores al general Cao Cao (155-220). Es una figura notable en la Historia Militar de China, ya que dio comienzo al período histórico de los Tres Reinos y fundó la dinastía Wei (220-265). Y es una personalidad igualmente notable en el mundo de la estrategia, pues editó nuestro libro y le añadió las –en nuestra opinión– más valiosas notas que se le hayan puesto.

2. El contexto histórico

Hemos dicho que *El arte de la guerra* debió de fijarse por escrito en la Era de los Reinos Combatientes. Reinos Combatientes es el nombre que recibe el último período de la larga dinastía Zhou, una dinastía que duró unos ochocientos años (1080 a.C.-221 a.C.) y que está subdividida en dos períodos que conviene mencionar: el primero recibe el nombre de Zhou Occidental y abarcaría los años entre 1080 y 771 a.C. aproximadamente. El segundo se denomina Zhou Oriental; se

ha fijado su comienzo en 771 a.C. por ser la fecha en que la capital del reino cambia de lugar y el rey es asesinado, y su final en 221 a.C., por ser la fecha en la que, tras siglos de desunión política, se recobra la unidad perdida.

La dinastía Zhou, por lo tanto, nace como un territorio unido bajo el mando de un rey. Con el paso de los siglos, el territorio va perdiendo su unidad y el rey su poder, hasta el punto de que el territorio se convierte en un puzle de cientos de reinos (buena parte de ellos tan sólo una ciudad amurallada con tierras de labor extramuros) y el rey en un rey sin poder fáctico. Pero el mundo chino regresará –por la vía de la guerra– a una unidad política y territorial bajo un solo hombre, bajo un solo poder cuando suba al trono el Primer Emperador de China, el emperador que fundó la dinastía Qin en 221 a.C., cuya magnífica tumba es bien conocida en el mundo entero bajo el nombre de los Guerreros de Terracota.

Al margen de que las fechas en que se divide esta larguísima dinastía Zhou sean simbólicas y no logren a la perfección marcar qué cambios drásticos separarían un período del otro, un año del otro, no dejan de ser una manera de diferenciar dos etapas radicalmente distintas cuando contemplamos cada período en su apogeo. *Grosso modo,* el primero (Zhou Occidental) se caracteriza por la unidad religiosa y política, el expansionismo militar moderado y el respeto por un código moral de conducta seguido y venerado por los dirigentes que administraban los territorios del rey; es un período en el que muchos filósofos posteriores, muy particularmente Confucio y su escuela, vieron el mundo ideal hecho realidad, una Edad de Oro irrepetible, el culmen de la perfección tanto en lo político-social como en lo espiritual.

El período siguiente contrasta con el anterior como el blanco con el negro. En los quinientos años que duró el período Zhou Oriental (771-221 a.C.) asistimos paulatinamente a la destrucción del mundo idílicamente perfecto anterior. Donde antes había paz, ahora no hay sino guerra. Donde antes había una conducta política y moral basada en la nobleza, ahora no hay más que una conducta guiada por el interés material. Donde antes había unidad política, ahora no hay más

que reinos en guerra permanente. El mundo es ahora la perfecta imagen del caos sobre la tierra. Y nuestro libro, que está justo en medio, se nos presenta por lo tanto fruto de una sociedad que más que estar en transición (¿qué sociedad no lo está en todo momento?, ¿hay algún momento de las sociedades en el que no estén moviéndose por influjo de sus dinámicas propias?) estaba en total convulsión. En las líneas siguientes trataremos de adentrarnos en este mundo que envolvió a los autores de nuestra obra.

Decíamos arriba que la dinastía que nos ocupa se divide en dos grandes períodos sucesivos, los de Zhou Occidental (1080-771 a.C.) y Zhou Oriental (771-221 a.C.). Ahora conviene que recordemos que el segundo de ellos, el que más nos interesa aquí por ser aquel en el que se gestó y vio la luz nuestra obra, se subdivide también en dos Eras, llamadas Primavera y Otoño la una y Reinos Combatientes la otra.

Primavera y Otoño es una Era de transición, porque en ella nacen, se perfilan y se extienden una serie de cambios notablemente drásticos que sólo quedarán afianzados, que sólo calarán en la sociedad durante la siguiente Era, en Reinos Combatientes. Es un período en el que el mundo de la dinastía Zhou, basado en un orden religioso, político, moral, económico, social, administrativo e intelectual concretos, comenzó a desmoronarse.

El cambio religioso

El primer y más importante eje que fue cambiando hasta desaparecer y ser sustituido por otro fue el religioso. La creencia religiosa mayor consistía en la fe en los Ancestros, en primera instancia, y en diversos dioses de la Naturaleza y el Cielo, en segunda, y todo ello era, en parte, herencia de las creencias de la primera dinastía histórica, la Shang (siglos XVIII-XI a.C.). Los Ancestros o Antepasados eran los espíritus divinizados de los antepasados reales que, ya muertos y desde su espacio divino, seguían operando, influyendo, obrando sobre el mundo de los vivos. La relación entre los vivos y los

Ancestros se canalizaba mediante diversos cultos en el Templo de los Ancestros familiar. Dado que todo el territorio de la casa de Zhou se encontraba bajo el mando supremo del rey y, en segunda instancia, de los familiares reales que hubieran recibido de aquél territorios menores a su cargo, la línea ancestral a la que todo el reino rendía culto por medio de sus máximos dirigentes era exclusivamente una. El rey y la familia real eran los únicos que podían legítimamente realizar los cultos a los Ancestros del reino, es decir, a los dioses protectores del reino y de sus habitantes.

Se daba, por tanto, una unidad religiosa total: los Ancestros de la familia real eran los ancestros de todo el reino y los únicos receptores de cultos tanto en el Templo del rey como en los templos menores de cada territorio bajo mando de aristócratas, familiares del rey. Desde el punto de vista religioso, los cultos de cada reino eran un mismo culto, una copia a escala del culto real. Así, todo gobernante formaba parte de un vasto cuerpo espiritual que se extendía hacia atrás y en el presente: hacia el pasado en calidad de miembro vivo del "cuerpo espiritual" que conforman todos los Ancestros anteriores, y en el presente, como hombre de carne y hueso que estaba ligado por la consanguinidad a todo el cuerpo de nobles que dirigían los territorios del rey. Por esta pertenencia familiar y religiosa a un "cuerpo espiritual" mayor, cada monarca de un pequeño territorio era el único responsable ante los mismos Ancestros de sus actos en beneficio del pueblo que viviera bajo su mando.

Lo esencial en la vida de todo noble consistía en servir a los Ancestros, y el servicio a éstos tenía dos obligaciones indisolubles y de igual importancia: la actividad política de gobernar y la actividad militar de hacer la guerra. Por medio de ambas, el dirigente en cuestión daba sentido a su vida y cumplía con su deber. Nadie salvo un noble tenía derecho a dirigir un territorio y su población, ni a hacer la guerra, ni tampoco la obligación de desempeñar ambas acciones correctamente y, siempre, para mayor gloria de los Ancestros y bienestar de su pueblo.

De ahí que, si alguien afrentaba a un Ancestro, estaba

afrentando al reino entero; y lo que comportaba gloria para el reino, la comportaba en igual medida para los Ancestros. Una ofensa contra un noble extendía su influjo ofensivo hasta los Ancestros y por lo tanto el noble no era una unidad desligada sino una pieza, un elemento dentro de una constelación donde gloria y ofensa, poder y obligación, derecho y justicia se compartían por igual, de suerte que los actos de un noble eran también extensiones de los actos de los Ancestros. Un noble no obraba en su sola representación o interés, sino en el de los Antepasados, porque su vida y sus actos formaban parte de los Antepasados. El reino era el cuerpo táctil y visible de los Ancestros, y los Ancestros eran el espíritu vivo del reino y de cualquiera de sus partes.

Esta unidad religiosa fue debilitándose hasta transformarse profundamente durante los últimos años de la Era de Primavera y Otoño y, muy especialmente, durante la de Reinos Combatientes. Dado que –como veremos más abajo– la unidad política y territorial se rompió y el reino se fragmentó en muchos reinos independientes que ya no estaban necesariamente encabezados por familiares del rey, sino por personas de cualquier familia, la unidad de culto a una línea familiar de antepasados dejó de tener sentido y, en consecuencia, de existir: si los nuevos dirigentes, que ocupaban los cargos antes ostentados por los nobles, no emanaban de un tronco familiar común, ¿qué sentido tenía que rindieran culto a aquellos antiguos Antepasados… de otra familia? El culto al Cielo en calidad de divinidad máxima universal terminaría por reemplazar en importancia al culto a los Ancestros.

El cambio político

El segundo gran cambio en la arquitectura de la sociedad fue el de la estructura política. El poder que en un principio estaba centralizado en el rey y que éste había cedido voluntariamente a sus familiares para que dirigieran territorios menores sin ver su poder unitario menoscabado por ello, acabó, y el mando sobre aquellos territorios menores terminó en manos de personas que no pertenecían a la familia real y que hacían caso

omiso de los deseos y políticas del rey.

La estructura política familiar que imperó mientras el rey tenía el poder sobre todo el reino recibía el nombre de «sistema familiar» (*zongfa*, 宗法). Tal sistema estipulaba y aseguraba que sólo aquellos que pertenecían a la familia real por consanguinidad pudieran regir algún territorio, y aseguraba, igualmente, que una moral común rigiera los actos de todos los gobernantes, que existiera una continuidad en cuanto al código que canalizaba la política de todos, de un "todos" donde sólo cabían familiares del rey, es decir, de un "todos" aristocrático.

Pero el «sistema familiar» fue reemplazado paulatinamente por otro en el que la pertenencia a la familia real dejó de ser requisito indispensable para ocupar un cargo de poder. Los territorios que el rey había puesto en manos de los nobles dejaron de transmitirse hereditariamente y llegaron a manos de familias sin sangre real. Y, a partir de 707 a.C., no fue el reino bajo mando del rey, sino otros reinos, los que dirigieron, protegieron y mandaron sucesivamente en todo el territorio de los Zhou. Este nuevo sistema en el que un reino acaudillaba una suerte de confederación de reinos recibiría el nombre de «sistema de hegemonía única» o *ba* (霸) y se fue instaurando de manera paulatina e improvisada, según iban sucediendo los acontecimientos. El primer jefe hegemónico fue el conde Zhuang del reino de Zheng hacia 707 a.C., pero su reino perdería la hegemonía a manos del conde Huan del reino de Qi (*r.* 685-643 a.C.), quien, a su vez, la perdería a manos del conde Wen del reino de Jin poco después de 632 a.C. Estos tres reinos, más otro de composición étnica no Zhou llamado Chu, componían las cuatro fuerzas políticas principales de la China de mediados del período de Primavera y Otoño. Aquel que obtenía –por la vía de la fuerza– el título de «jefe hegemónico» era el que ejercía *de facto* las funciones de rey, cuyo poder, menoscabado, pasó a ser nominal y a tener competencia sólo en el territorio que se le había permitido mantener bajo su jurisdicción.

Las guerras entre estos cuatro grandes poderes, en las que también participaban, del lado de unos y de otros, otros reinos

menores tanto de etnia Zhou como no Zhou, no cesaron. Y tras las hegemonías únicas de los reinos recién vistos, aparecerían en la escena política dos reinos más que lograrían dicha hegemonía, también por la violencia: el reino de Wu en 482 a.C. y el reino de Yue en 473 a.C. Con la concesión a este último reino del estatus de «jefe hegemónico» asistimos al último de los jefes hegemónicos. Luego, sólo hubo guerra sin cuartel entre los reinos más poderosos hasta que uno de ellos, Qin, venció a todos los demás y se hizo así con el poder sobre todo el territorio, que reunificó en 221 a.C.

El cambio administrativo

El tercer gran cambio en el mundo de los Zhou fue de orden administrativo. Desde el período de Primavera y Otoño en adelante, los reyes de los distintos reinos comenzaron a servirse de cualquier tipo de persona útil para su mandato. Ya no era necesario elegir a familiares. Dichos gobernantes contrataban a ministros (*qing*, 卿), a altos oficiales (*dafu*, 大夫) y a caballeros (*shi,* 士), en un principio entre sus familiares cercanos o lejanos, pero tal costumbre deja de existir y cualquier persona puede ocuparlos. Ya no se alcanza un puesto por pertenencia familiar, sino por méritos propios. La "meritocracia" reemplaza a la aristocracia.

Y quienes ocupan los cargos no pierden ocasión para ejercer desde ellos una influencia enorme en las decisiones de sus respectivos gobernantes. Tanto fue así que, a partir del 632 a.C., son los ministros quienes parecen dirigir *de facto* los asuntos políticos; y serán los caballeros desde mediados del siglo VI a.C. en adelante quienes llevan, a veces, las riendas de un Estado.

El resultado de la aparición del sistema del «jefe hegemónico» y de esta nueva forma de dirigir los reinos por medio de personas hábiles y capaces, no por medio de familiares del rey, no es otro que el de la sustitución de un código de conducta por otro. El sistema familiar imponía una serie de valores en la política que ahora dejaban de tener sentido, pues o los reinos ya no eran dirigidos por familiares, o

a los pocos familiares que dirigían los reinos habían dejado de parecerles importantes las relaciones de sangre, de suerte que actuaban como si nadie conociera a nadie, movidos estrictamente por intereses políticos y militares. Y para conseguir sus intereses, se servían de cualquier persona que les resultara útil. La funcionalidad y la efectividad sustituían a la corrección y a la nobleza.

El reino de los Zhou, en consecuencia, cambió totalmente de estructura y pasó a ser un territorio mosaico donde unos pocos reinos tenían bajo su mandato y jurisdicción una serie creciente de reinos feudatarios secundarios. A partir del 594 a.C., en muchos reinos se van imponiendo unas nuevas políticas de impuestos, que comienzan a recaudarse no sólo entre las poblaciones de las ciudades (*guo,* 国), sino también entre las poblaciones que ocupan las tierras vírgenes (*ye*, 野) y que, con mucha frecuencia, pertenecían a etnias no Zhou. Simultáneamente, se va extendiendo la costumbre de reclutar al ejército también entre estas comunidades no Zhou, de suerte que la unidad étnica original de los Zhou también desaparece, dejando paso a una sociedad de reinos donde las etnias se han mezclado y toman parte activa tanto en el ejército como en la administración. Pero sin duda la causa mayor de multietnicidad debe verse en la asimilación del vasto reino sureño no Zhou llamado Chu en 574 a.C., así como otros no tan poderosos y vastos, pero no menos importantes desde un punto de vista militar y estratégico, como fueron los de Wu y Yue.

Para terminar de exponer aquellos aspectos de la China de los Zhou que más y mejor podrían contextualizar nuestro *Arte de la guerra* nos referiremos brevemente al gran cambio que acarreó el desarrollo de la metalurgia por su conexión con la fabricación del armamento militar. Durante la dinastía Shang (XVIII a.C.-XI a.C.) y la primera parte de la dinastía Zhou se fue extendiendo y perfeccionando la fabricación de objetos de bronce. Los métodos que se empleaban debieron de ser utilizados también para comenzar la fabricación del hierro ya en el período del que estamos tratando (tal vez el objeto de hierro más antiguo exhumado en China por ahora sea un

caldero que se hallaba en el antiguo reino de Jin y que está datado en 536 a.C.). La manufactura del armamento militar sólo pudo alcanzar las grandes cantidades que exigía la nueva manera de hacer la guerra –de la que hablamos en la página 38 ss.– cuando se comenzó a fabricar armas de hierro, pues resultaba ser un material más fácil y barato de obtener, y más letal que el bronce.

Los procesos sociales y políticos que hemos reseñado en las líneas precedentes llevaron a que un reino estructurado en varios cientos de pequeños principados o reinos que dependían del rey y que al rey veneraban y obedecían, se convirtiera en un Estado dominado por unas decenas de poderosos reinos en constantes guerras por la hegemonía. Dichas dinámicas de cambio sólo nacieron y comenzaron a tomar forma durante el período de Primavera y Otoño (770-481 a.C.). Fue en el período siguiente, la Era de los Reinos Combatientes, cuando cristalizaron y se afianzaron.

Durante la Era de los Reinos Combatientes, dominaron los siete reinos de mayor tamaño y fuerza militar y económica alternativamente, existiendo igualmente una serie de reinos menores que ejercieron una influencia parcial en el desarrollo de los acontecimientos. El período, que comienza simbólicamente en el año 481 a.C. por ser el año en que termina su relato histórico la principal fuente historiográfica escrita de aquellos años, *Primavera y Otoño*, puede subdividirse *grosso modo* en los siguientes períodos generales menores, a saber:

1) entre 481 y 350 a.C. los reinos más poderosos entablan continuas guerras entre ellos, subsumen a gran cantidad de reinos menores y acometen la mayoría de las grandes reformas de que hablaremos más abajo,

2) en los cien años siguientes (350-250 a.C.) se percibe una mayor influencia de la diplomacia en la política entre reinos, sin que por ello cese el continuo guerrear,

3) entre 280 y 260 a.C. se dan dos décadas llenas de alianzas interestatales, y, en fin,

4) a partir del año 260 a.C. hasta el 221 a.C. se desboca una fase de guerra salvaje por el poder hegemónico.

Vencerá el reino de Qin, cuyo rey pasó así a ocupar el trono y a llamarse Primer Emperador de la dinastía Qin. Fundó una dinastía que apenas tuvo treinta años de vida, pero que estableció ciertos fundamentos del Estado que permanecerían a lo largo de toda la China imperial hasta 1911.

Este turbulento período es el que toca más directamente a nuestro libro, que se abre con una frase magistral que nos parece fiel reflejo y condensación del momento histórico en cuestión: «La guerra es un gran servicio para el reino, es el terreno donde se decide si muere o vive, el camino que lo lleva a la desaparición o a la pervivencia». De ahí que los reinos se estructuraran como reinos permanentemente listos para la guerra. La economía, la sociedad, la administración del reino y sus habitantes estaban diseñadas para lo militar, pues de lo militar –recordemos las primeras líneas otra vez de *El arte de la guerra*– dependía la vida y la muerte de un reino y de su población. Veamos hasta qué punto era así.

3. El ejército

No es este el lugar apropiado para trazar una historia del ejército en China, ni tan siquiera para describirlo a fondo en sus primeras dinastías, sino para analizar la importancia de lo militar en el período que nos ocupa. Comenzaremos, pues, delineando cómo era el ejército en Reinos Combatientes para, en el siguiente epígrafe («4. La guerra»), ver los modos y maneras de batallar tanto durante la Era de Reinos Combatientes como, dando un paso atrás, en la de Primavera y Otoño para, así, mejor comprender *El arte de la guerra*.

Dedicaremos, por tanto, el presente apartado a describir la composición del ejército en Reinos Combatientes, destacando solamente sus figuras más relevantes y ligando su existencia a la administración general de los reinos.

En Reinos Combatientes, el tamaño de las tropas aumentó exponencialmente frente a la Era anterior. Si en Primavera y Otoño la mayor tropa mencionada en las fuentes escritas constaba de treinta mil hombres, en Reinos Combatientes encontramos cifras muy superiores: según *Las estrategias*

durante Reinos Combatientes (战国策, cuya datación probable es mediados-finales de Reinos Combatientes y parte de la dinastía Han Anterior), el reino de Qin contaba con un millón de soldados de infantería, mil carros de combate y diez mil caballos; el reino de Wei, con trescientos sesenta mil infantes, doscientos mil lanceros, cien mil sirvientes, seiscientos carros y cinco mil caballos. Y otros reinos menores tenían ejércitos más pequeños. A pesar de que estas cifras se hallen en fuentes escritas de la época, no son absolutamente fiables; parece, antes bien, que son cifras estimadas y que incluían no sólo a la infantería que luchaba en el campo de batalla, sino también a todo el personal involucrado en el transporte de tropas, vituallas, armamento, así como trabajadores forzosos (prisioneros de guerra) y tropas acuarteladas. Según nuestro *Arte de la guerra,* un ejército normal constaba de cien mil hombres.

En el siglo III a.C., es decir, el siglo en que probablemente fue compuesta por escrito la presente obra, los ejércitos parecen seguir creciendo en número y en consecuencia las bajas por guerra también. El ejército de Qin, que antes mencionábamos, habría dado muerte a doscientos cuarenta mil hombres en la batalla en que consiguió vencer a un ejército compuesto por tropas de Hann y Wei en 293 a.C., a ciento cincuenta mil del reino de Wei en 273 a.C. y a cuatrocientos mil del reino de Zhao en la gran batalla de Changping en 260 a.C., tal como consignó el ya mencionado historiador Sima Qian en *Historia general* (capítulos 5 y 73). Aunque, una vez más, las cifras podrían ser más estimadas que reales, a los especialistas no les cabe duda de que las tropas eran cada vez más numerosas y las guerras acarreaban más muertes.

La composición del ejército también varió espectacularmente en Reinos Combatientes. Además de la aparición de la arquería montada (骑射), que los chinos aprendieron de los nómadas no chinos del norte en época tardía (hacia el 307 a.C., según *Historia general,* capítulo 43), encontramos las grandes, novedosas y fundamentales figuras siguientes: la infantería, las unidades especiales del ejército y el general. Pero, antes de repasar tales figuras, conviene

mencionar que no sólo se reinventó la estructura y composición del ejército, sino también muchos artefactos y métodos de asedio y defensa, como, por ejemplo, las catapultas de varias clases, las empalizadas, las troneras giratorias de madera o las torres de asalto con ruedas.

La infantería

La infantería es tal vez la novedad más importante en el ejército. La obra histórica *Los comentarios de Zuo* (春秋左转, s. IV a.C.) nos relata, al hilo de una batalla que lanzó el señor de Mu contra «unos bárbaros montañeses» (山戎) en 540 a.C., que dicho señor venció a los enemigos por «haber incrementado el número de soldados de a pie»[15]. En el mismo texto, vemos cómo un noble, favorito del recién mencionado señor de Mu, mostró resistencia a abandonar su carro de combate para luchar a pie… y fue decapitado por tal desobediencia. El historiador destacó que lo numeroso de la infantería era la innovación táctica que había conducido a la victoria.

La infantería, en efecto, apenas existía ni luchaba en Primavera y Otoño y pasó a llevar el peso de la guerra en Reinos Combatientes, como podrá advertir el lector también a lo largo de la presente obra. En Primavera y Otoño eran los propios nobles quienes iban a la batalla y luchaban desde sus carros de combate en los que iban tres hombres: el de la derecha portaba armas de mango largo, como lanzas o alabardas; el del centro conducía el carro, y el de la izquierda era un arquero; todos ellos iban apoyados por algunos hombres a pie. En Reinos Combatientes, en cambio, es la infantería la que está en primera línea; una infantería cuyo número había aumentado espectacularmente, como ya veíamos líneas más arriba. Dicho cuerpo, que estaba compuesto por campesinos a quienes se daba una instrucción primaria consistente esencialmente en cómo maniobrar atendiendo las señales que se les daban en la batalla por medio de tambores, fuegos y estandartes, no era un cuerpo profesional y se reclutaba mediante unas unidades territoriales administrativas que se crearon para tales fines: el *xian* (县) y el *ju* (郡).

Tales divisiones administrativas fueron creadas e implantadas por un ideólogo llamado Shang Yang († 338 a.C.) que ejerció de hombre de Estado en el reino de Qin y que dejaría una buena cantidad de textos sobre la vertebración legislativa y administrativa de los reinos, recopilados bajo el título de *Obras del Señor de Shang*. Las nuevas divisiones administrativas que propuso e implantó se fueron creando también en otros grandes reinos, como Chu y Yan, y acabarían por ser la columna vertebral de la administración territorial de toda la China imperial de la dinastía Han en adelante.

Shang Yang estipuló en 350 a.C. que un *xian* estaba formado por un juez (*ling,* 令), un vicejuez (*cheng,* 丞), un comandante militar (*wei,* 尉) y personal administrativo variable. Dividió el reino en que servía en cuarenta y un *xian*, que empleó a modo de herramienta con la que implantar el germen de lo que hoy llamaríamos el servicio militar universal.

La segunda unidad administrativa que se inventó, llamada *jun*, fue instaurada a finales de Primavera y Otoño en los territorios que el reino de Jin iba conquistando y servía para controlar militar y administrativamente sobre todo zonas fronterizas normalmente poco pobladas; de ahí que los *jun* fueran mayores que los *xian*, que quedaban para organizar las zonas más interiores y más pobladas del reino.

Ambas unidades administrativas eran en realidad unidades de administración militar del reino, porque sus máximos responsables eran militares, porque albergaban destacamentos y porque desde ellas se reclutaba la tropa campesina que nutría la infantería.

Pero no sólo se implantaron dichas medidas administrativas, sino también otras distintas e igualmente vinculadas a la vida militar, más concretamente, con la infantería. La primera de ellas consistió en dividir la población de cualquier localidad en grupos o núcleos de cinco familias, de tal manera que cada núcleo de cinco familias fuera susceptible de producir la unidad básica de la infantería, que constaba de una escuadra de cinco infantes. De este modo, la división menor de la sociedad se enfocaba a configurar la división menor del ejército. Dichos cinco soldados, que luego lucharían juntos en

el campo de batalla, eran también cinco vecinos. Como vecinos, labraban la tierra; como soldados, luchaban. Vecinos en el campo de labor, vecinos en el campo de batalla.

En la lucha, se adiestraba y equipaba a dichas escuadras de cinco hombres de modo que combinaran tanto las armas cortas como las largas. Las primeras, es decir, la espada, que primero fue de bronce y luego de hierro, y el hacha, servían para la lucha cuerpo a cuerpo, mientras que las segundas, esto es, la lanza, el gancho de mango largo y la alabarda, se empleaban para impedir o repeler a distancia el avance enemigo y para atraparlo, engancharlo y atraerlo contra su voluntad.

La segunda consistió en una división, o, mejor dicho, estratificación de la población según un escalafón de veinte niveles. Todo hombre era adscrito a un nivel por las autoridades, según el cual recibía unas u otras ventajas materiales del reino, como tierras o exenciones de impuestos. La adscripción a uno u otro nivel dependía del comportamiento del hombre en cuestión en la batalla, de suerte que la vida civil dependía de la militar.

Las unidades especiales de la infantería

Tras la infantería, la segunda figura novedosa dentro del ejército es la de las unidades especiales o –diríamos hoy– de élite. Estos cuerpos nacieron a finales de Primavera y Otoño, cuando algunos aristócratas y monarcas creaban una guardia personal o un séquito protector de su persona para viajes oficiales, pero cobró su fisonomía y organización definitivas en Reinos Combatientes. Mientras que la tropa normal recibía en pago por sus servicios militares terrenos de cultivo estatales, estos cuerpos especiales gozaban de ventajas o compensaciones socioeconómicas por encima de la tropa, como es lógico; a saber: quedaban exentos de hacer trabajos forzados por cuenta del Estado, así como de pagar los impuestos familiares correspondientes, y percibían un salario notablemente superior. A cambio, se sometían a un entrenamiento muy exigente. Según leemos en el capítulo 15 del *Libro del maestro Xun* (荀子, mitad del siglo III a.C.), debían ser capaces de llevar

las más pesadas armaduras, manejar grandes ballestas con destreza y portar quinientas flechas, llevar alabardas atadas a la espalda, cascos bien amarrados con cinchas, espadas, cargar con las vituallas para tres días (aunque «tres» suele significar 'varios' en chino clásico), y, en fin, debían ser capaces de caminar unos cuarenta kilómetros al día.

El general

El general (将), también llamado en nuestro libro «el que manda el ejército» (将军) y «el que sabe hacer la guerra» (善战者), es otra de las figuras que no surgen, pero sí se afianzan con un poder grande y definido, en el mundo de la política en Reinos Combatientes.

El arte de la guerra dedica varios fragmentos importantes a describir cómo debe ser y comportarse el general, y le concede una función clave para todo reino; y, así, leemos en el capítulo 3: «El general es el eje del reino. Si el eje es grueso, el reino será fuerte. Si el eje es fino, el reino será débil».

El general reemplazó al aristócrata en su faceta de militar. Si la aristocracia militar conducía las tropas a la batalla y guerreaba en primera línea de combate desde sus carros, no es ya en Reinos Combatientes el rey quien traza estrategias y empuña arcos, sino su personal especializado: el general y sus mandos (llamados 上 en nuestro libro).

La figura del hombre que dirige las tropas a la guerra no aparece en nuestra obra por primera vez en China, sino muchos siglos antes y en otros textos notablemente especiales. Nos estamos refiriendo a los presentes en calderos de bronce. El bronce –como decíamos arriba, páginas 36-37– era uno de los materiales más costosos, valiosos y duraderos, cuya fabricación y empleo se generalizó en la dinastía Zhou, llegando a producirse fabulosas obras de arte. Los calderos rituales hechos en bronce son una de esas cotas no superadas del arte chino que, además de transmitirnos belleza, nos transmiten textos grabados en su interior. Dichos textos son de carácter religioso, político y militar, tres facetas que, como se está viendo a lo largo de este esquemático estudio

introductorio, eran indisolubles.

Además de los recién mencionados textos grabados en calderos de bronce, contamos con otros dos textos unitarios que aportan valiosísima información al respecto, a saber, el anónimo *Libro de los cantos,* que recoge poemas compuestos entre el año 1000 y el 600 a.C., y la magna obra histórica de Sima Qian, *Historia general*, que nos relata en diversos capítulos las batallas de nuestra dinastía con una veracidad que ha sido atestiguada en muchos casos por la arqueología.

Hemos de decir que durante la Era de Primavera y Otoño (771-481 a.C.) parece que el mando del ejército no estaba directamente en manos del rey, sino de su Ministro Mayor (*dangguo, lingyin,* 当国，令尹 o del Ministro de la Guerra (*sima*, 司马). Y parece igualmente evidente que, en ciertas ocasiones, eran dichos ministros quienes terminaban por imponer su política militar a pesar de la opinión contraria de sus monarcas.

Ya desde el siglo x a.C. hallamos referencias a jefes militares históricos, como los llamados Yu o Li Fangyi, pero es en el siglo v a.C., y aunque muchas de sus hazañas sigan teñidas del hálito de la leyenda que va creciendo y exagerándose con el paso de los años, cuando encontramos a Wu Qi, quien queda descrito no sólo como militar, sino también como político y ministro reformista del reino de Chu. También el ya mencionado Shang Yang (mediados del s. IV a.C.) debería contarse entre los primeros generales, pues comandó el ejército en guerra, así como dos diplomáticos –luego hablaremos de esta figura, el diplomático o "persuasor"– Zhang Yi († 309 a.C.) y Gan Mao (activo hacia 310 a.C.). Bastantes años después, deberíamos citar a Sun Bin, autor putativo de una obra semejante y posterior a la nuestra –la tratamos más abajo, página 52–, que ocupó el cargo de consejero político de su rey, y a su acérrimo oponente, Pang Juan († 341 a.C.).

En el siglo de la presente obra, además de aparecer muchos más generales históricos, como, por ejemplo, Bo Qi, Wang Jian y Zhao She, aparece un importante cambio en la institución del generalato: comienza a ser hereditario según M. E. Lewis.

Se comprenderá ahora más fácilmente por qué el concepto

de *general* que aparece en nuestra obra es notablemente inusual. En *El arte de la guerra* puede ser general quien dé resultados óptimos dirigiendo el ejército en guerras y batallas. En el capítulo 2, por ejemplo, leemos que se puede mantener en su cargo al general si cumple, o destituirle si no cumple, de lo que se deduce que se proponía que el cargo no fuera hereditario, sino dependiente de los logros obtenidos. También se ve en nuestra obra (capítulo 12) que debe ocupar el cargo de general aquel que posea determinados rasgos concretos, de lo que, una vez más, se deduce que el cargo de general podía ser ocupado por diversas personas, no por el noble a quien le correspondiera por descendencia o parentesco.

4. La guerra

Al comienzo del apartado anterior decíamos que durante Reinos Combatientes aumenta notablemente el tamaño de los ejércitos. Ahora conviene añadir que aumenta también la duración y la cantidad de lugares donde se traban guerras y batallas.

Si en Primavera y Otoño una batalla duraba como mucho dos días, en Reinos Combatientes podían durar un año. Si en Primavera y Otoño se desarrollaba en un solo campo de batalla bien definido en el que ambos ejércitos se colocaban frente a frente y acampaban varios días antes de luchar, en Reinos Combatientes una batalla podía comportar diversos escenarios de operaciones, acciones en distintos lugares y en variados momentos con distintos destacamentos militares; incluso se trazaban estrategias que llevaban a luchar contra reinos interpuestos con intención de llegar a enfrentarse y vencer a reinos ulteriores o con reinos que estuvieran aliados con el reino al que en realidad se quería eliminar.

La Era de Reinos Combatientes también vio cómo nacía una serie de armas y estrategias de batalla no usadas en China hasta la fecha. Entre las primeras, sin duda alguna destaca la ballesta. Nuestra obra da una de las primeras referencias escritas a tal artefacto y muestra su importancia, ya que es considerada de vital importancia para la victoria. Al parecer,

solamente los soldados más fornidos las utilizaban; para cargarlas, debían tumbarse boca arriba y, sujetando con los pies el arco, tensaban la cuerda hacia su propio rostro; llevaban un gatillo de bronce o de hierro. Según *Los anales de Lü Buwei* (capítulo 16/6.4, terminado en 239 a.C.), se empleaba también la ballesta grande o "mecanismo de ballestas", es decir, varias ballestas juntas y alineadas que se accionaban simultáneamente[16]. El resto del armamento de la infantería convencional –como ya decíamos arriba– consistía en lanzas, hachas y su híbrido, la alabarda, arcos y lanzas de mango muy largo y terminado en un gancho con las que se impedía el avance del enemigo a pie. La punta de las flechas era triangular. Para la lucha cuerpo a cuerpo se echaba mano de las espadas de bronce, que, poco a poco, se fueron haciendo de hierro.

La infantería se protegía con cascos y armaduras. Los cascos solían ser de hierro y componerse de múltiples piezas pequeñas bien cosidas. Las armaduras presentaban idéntica estructura a base de pequeñas piezas, pero éstas eran normalmente de cuero, aunque también se fabricaban de hierro, lo que –en ambos casos– permitía una gran movilidad al soldado.

En cuanto a las estrategias de asalto, en las que lamentablemente no podemos detenernos, debemos mencionar el empleo de escalas de mano y la excavación de túneles, los ataques con humo, con fuego y con agua, y la construcción de terraplenes y terrados defensivos. La infantería seguía las órdenes en el campo de batalla por medio de indicaciones que los mandos emitían empleando estandartes, tambores o señales visuales de fuego. Se atacaba tanto de noche como de día y lo esencial era la correcta formación de la tropa en la batalla. Ya que las estrategias de batalla son precisamente el núcleo del presente libro, resulta innecesario abundar en ello aquí.

No estará de más recordar, sin embargo, que en la batalla la caballería dejó de tener el gran peso que tenía en Primavera y Otoño y que pasó a servir de apoyo a la infantería. Tal apoyo consistía, según *El arte de la guerra de Sun Bin* (孙膑兵法), en alcanzar posiciones estratégicas con rapidez, atacar lugares indefensos, perseguir al enemigo en retirada, cortar líneas de

suministro de armamento y vituallas, destruir puentes y balsas, emboscarse contra tropas confiadas, coger al enemigo por sorpresa, quemar almacenes y saquear mercados, causar caos en los campos de labor y raptar campesinos[17]. Se ve, por lo tanto, que no se valoraba la caballería en tanto pieza esencial de la lucha armada contra el enemigo frente a frente, sino más bien como cuerpo útil para escaramuzas, operaciones relámpago, emboscadas y pillaje.

La manera de hacer la guerra que se llevaba a cabo como hemos esbozado y con el armamento descrito contrasta radicalmente con las batallas durante la primera parte de la dinastía Zhou y durante la Era de Primavera y Otoño. El lector verá en nuestro *Arte de la guerra* cómo aquí se proponen tácticas útiles para ganar a cualquier precio, sin ninguna otra consideración que la de obtener la victoria. Antes de que dicho modo de hacer la guerra se impusiera, existió un código de honor cuya observancia parecía estar muy por encima de la derrota del enemigo.

Tal código dictaba que, durante la batalla, no se atacaba a un enemigo en dificultades, sino que se esperaba a que se hallara en condiciones óptimas para la lucha; que no se atacaba ningún reino o plaza cuyo señor hubiera fallecido recientemente y que se hallara aún guardando el debido luto, pues atacar habría añadido duelo al duelo; que no se atacaba a un enemigo que no ofrecía resistencia; que no se lanzaba uno a la batalla antes de que el tambor hubiera dado la señal para comenzar la lucha para ambos ejércitos y, en fin, que no se golpeaba a personas de cierta edad ni a los heridos que hubiera en el campo de batalla. También se respetaba un código *temporal* para hacer la guerra: las hostilidades cesaban durante las estaciones dedicadas a la siembra y recolección.

El código de honor que compartían la nobleza militar real y los gobernantes de los reinos no sólo era fundamental en el campo de batalla mismo, sino también *antes* de la batalla en la medida en que explica qué desencadenaba las guerras y escaramuzas entre pequeñas ciudades o reinos, esas escaramuzas que terminarían por generalizarse, agrandarse y destruir la unidad del reino.

Durante la Era de Primavera y Otoño, según la obra histórica *Los comentarios de Zuo* (s. IV a.C.), se dieron quinientas cuarenta batallas entre reinos y ciento treinta grandes guerras civiles. Estas cifras arrojan un total de seiscientos setenta enfrentamientos en doscientos cincuenta y nueve años. Sin duda, hubo más choques militares que los compiladores y autores de *Los comentarios de Zuo* dejaron sin registrar en esta, que es sin duda la más completa fuente de información sobre el período histórico en cuestión. La conclusión evidente no es otra que la guerra fue un hecho constante, incesante. No hubo un año sin dos guerras o batallas como mínimo.

En la citada obra, repleta de fragmentos que nos retratan a las figuras políticas de la época en plena acción, vemos también cómo se consideraba que la guerra era un asunto de honor, cómo se guerreaba para mantener, defender o acrecentar la gloria no tanto de uno mismo como de los Ancestros propios. *El arte de la guerra del maestro Wu* (吴子, anterior al 381 a.C.) nos ofrece una inmejorable clasificación de las guerras según sus causas y objetivos:

1) la guerra justa, cuyo único objetivo es acabar con la violencia y los desórdenes;

2) la guerra ofensiva, cuyo único objetivo es conseguir la superioridad del reino mediante el empleo de la fuerza;

3) la guerra airada, cuya causa no es otra que la ira y el enfado del monarca;

4) la guerra salvaje, cuyo objetivo único es conseguir beneficios olvidándose de todo código de acción, y, en fin,

5) la guerra causada por los desórdenes o las hambrunas dentro del reino propio[18].

Los estudios modernos de Rebecca Byrne (y, a su zaga, de Mark Edward Lewis) muestran que las cuatro causas principales que desataban una batalla eran las siguientes: 1) dominar otro reino, 2) desempeñar como era debido las responsabilidades que acarreaba tener una posición dominante, 3) vengar ofensas a miembros del reino, 4) eliminar posibles peligros para el reino propio.

De todas ellas, la tercera es la causa más general y numerosa con gran diferencia sobre las restantes. Aquí es necesario recordar lo que decíamos más arriba (págs. 28-31) sobre el gobernante y sus Ancestros: cuando un dirigente era ofendido, sus antepasados también eran ofendidos, y, por lo tanto, en su reacción militar había menos un deseo de venganza personal que de recuperación del respeto debido hacia los Ancestros. Que cada reino reclutara su propio ejército (en Zhou Occidental, además, cada reino proporcionaba tropa al ejército real) y sus monarcas se lanzaran a la batalla en carros de combate haciendo gala de su destreza con el arco era, en la mayoría de los casos, un asunto de honor y religión.

Tanto era así que cualquier batalla comenzaba con un acto religioso ofrecido a los Ancestros en el Templo para justificar ante éstos la guerra y para concitar su beneplácito y, por ende, su ayuda en la batalla. El monarca debía hacer una ofrenda animal en el altar llamado *she* del Templo y anunciar la campaña a los Ancestros. Se sacaban algunas insignias religiosas y algunas tablillas de Ancestros (que eran una representación ritual y visual de éstos) y se entregaban al ejército, para que las llevara a la batalla. El jefe del ejército recibía en el Templo, ante los Antepasados, su misión del rey y una ofrenda de carne en su honor se elevaba en el altar *she;* en ocasiones, también recibía un arma, un hacha o un arco.

Después de haber dedicado varios días al ayuno y la purificación, el rey presenciaba cómo se sacaban las armas de la armería y le eran presentadas en el Templo. Las tropas formaban junto al altar *she* y, terminada la ceremonia del «ordenamiento militar» (*zhi bing,* 治兵), partían a la campaña; y, en su trayecto hasta el campo de batalla, iban haciendo constantemente ofrendas a los diversos dioses de la Naturaleza, muy particularmente cuando tenían que cruzar algún río al dios del río, o a los dioses de los montes si tenían que atravesar montes, para invocar así su permiso y beneplácito.

Ambos ejércitos fijaban por mutuo acuerdo el día de la batalla. En ambos lados abundaban las manifestaciones religiosas de distintos tipos, entre las que no faltaba la adivinación (que consistía en un tipo de comunicación con los

Antepasados o los diversos espíritus controladores de la vida y la muerte), y se realizaba un solemne juramento en el que se invocaba a los espíritus y se les solicitaba ayuda. Pronunciaba tal invocación el jefe militar, quien leía en voz alta el juramento.

Los comentarios de Zuo nos proporcionan varios ejemplos de juramentos previos a la batalla; entre ellos, hay uno especialmente completo (duque Ai, año 2) en el que el general comenzó aclarando que la batalla que iba a librar era un acto acorde a la voluntad del Cielo (lugar donde se ubicaba a los Antepasados) y en calidad de castigo a un enemigo que había contravenido indignamente la misma voluntad celestial y se había hecho, por lo tanto, merecedor de la ofensiva militar. El general en cuestión continuó diciendo que el objetivo de la batalla no era otro que el de «borrar la vergüenza» («除诟耻») que había sufrido su reino y pasó a detallar qué premios obtendrían todos los que iban a luchar: «un gran distrito si se trata de un gran ministro, un pequeño distrito si se trata de un ministro menor, cien mil *mou* de tierra si se trata de un noble, el permiso de trabajar para la corte si se trata de un agricultor, artesano o comerciante…». El jefe concluyó aquel juramento enunciando su propio castigo en el caso de perder la batalla, y tal castigo no era otro que el de ser ajusticiado por estrangulamiento, ser depositado en un ataúd sin revestimiento exterior y ser enterrado «no en el cementerio de mi linaje». Era un castigo suficiente para temblar ante un Más Allá absolutamente áspero, desubicado, solitario y hostil.

En suma, la guerra era tanto un privilegio como un deber de los nobles que se llevaba a cabo por y para los Ancestros en primera y principal instancia.

Pero todo este mundo ha desaparecido en nuestra obra. El lector comprobará por sí mismo cómo *El arte de la guerra* prohíbe y excluye toda participación de lo espiritual, de lo divino, en la guerra. Comprobará, en primer lugar, cómo el maestro Sun propone usar el Templo no para hacer las ofrendas a los Ancestros y demás cultos religioso-militares que hemos descrito brevemente, sino para que el general haga cálculos lógicos sobre las características objetivas del ejército

enemigo y sus circunstancias particulares, así como de su ejército y sus circunstancias en todo el capítulo 1.

Comprobará, en segundo lugar, cómo prohíbe explícitamente hacer cualquier tipo de adivinación antes de la batalla o buscar información sobre el enemigo por medio de la comunicación con los espíritus, y cómo exige que tal información sea obtenida por medio de espías y de guías locales. Comprobará, en tercer lugar, cómo estipula que cuando el ejército se desplace hacia el campo de batalla lo haga teniendo sólo en cuenta a cuál de las nueve clases de terreno pertenece aquel que tendrá que atravesarse para hacerlo de un modo u otro sin recurrir a ofrendas a ningún dios de la Naturaleza.

Y el lector comprobará, en cuarto lugar, cómo desaparece el altar como eje del comportamiento público. Ya no hay Ancestros a los que rendir culto, ni orar, ni pedir, ni agradecer. Ya no hay Ancestros a los que devolver el honor y la gloria. Los monarcas pertenecen ahora a familias distintas y, por tanto, a genealogías ancestrales distintas. Ya no son los Ancestros comunes los poderes convocados para sellar todo pacto o aprobar y supervisar cómo gobiernan los nobles. Los acuerdos que en Zhou Occidental y en Primavera y Otoño se tomaban ante los Ancestros, pasan a ser sellados mediante un ritual consistente en que las dos partes bebían sangre de una misma copa, en el que aún se ponía a los Ancestros de testigos del pacto. Y ya en tiempos de nuestro libro, dichos acuerdos pasaron a sellarse como meros contratos civiles por escrito. En tales contratos o acuerdos se encuentran, por lo demás, como ha mostrado Liu Yongping, las semillas de las futuras leyes de China.

Los “persuasores”

Además de las figuras ya vistas de la infantería y el general, las dos últimas piezas importantes en el mundo político y, por ende, militar de Reinos Combatientes fueron los llamados “persuasores” o diplomáticos, por un lado, y, por otro, los pensadores o filósofos, de los que hablaremos líneas más abajo

(véase 5. El contexto intelectual).

Los “persuasores” nacieron por exigencia de la nueva situación, la de una China fragmentada en muchos reinos que debían vivir juntos, que no podían excluir el trato entre sí. Tal necesidad creó la figura de hombres que se dedicaban a las relaciones interestatales. Dichos hombres se caracterizaban por no ser fieles a un solo reino o rey, sino por serlo a cualquier rey, al rey que los contratase. No estaban ligados a ningún monarca por lazos de honor, sino de servicios remunerados económicamente. Y llegaban a estar, a veces, a las órdenes de varios monarcas a la vez sin que éstos lo supieran.

No solían ser llamados por los reyes, sino que ofrecían sus oficios a los reyes *motu proprio*. En consecuencia, podían estar aquí o allá, aparentemente sirviendo a éste sólo, pero en verdad operando también para aquél. Y no era raro que alcanzaran altos puestos en los reinos en cuestión, como el de ministro.

Entre todos los papeles que desempeñaron en la historia de Reinos Combatientes, creemos conveniente destacar dos. En el primero, en calidad de diplomáticos, los encontramos haciendo y deshaciendo alianzas entre reinos, muy especialmente desde finales del siglo IV a.C. hasta 260 a.C. Tales alianzas no se establecían solamente por causas materiales, sino también territorialmente estratégicas, y, así, autores de la época como el maestro Han Fei ya las estructuraban en alianzas «verticales» y «horizontales», es decir, formando un eje de norte a sur o de este a oeste. Dicha nomenclatura, en realidad, no dejaba de ser metafórica y convendría reformularla en términos políticos diciendo que las alianzas horizontales eran aquellas por las que un reino entraba a formar parte de la órbita del poderoso reino de Qin, y que las verticales eran aquellas por las que los reinos menores se unían a otro mayor.

El prototipo de “diplomático”, buen orador y mejor persuasor, lo hallamos en Su Qin, de quien el historiador Sima Qian, en el capítulo 69 de *Historia general,* traza una biografía y a quien describe al servicio del rey de Yan desmantelando la alianza horizontal y creando una vertical, sirviendo simultáneamente a los reinos de Yan y de Qi, y muriendo

asesinado por una camarilla de nobles envidiosos de su poder e influencia.

El segundo papel que los diplomáticos desempeñaron consistió en producir ideas, textos de estrategia, lo que nos aparta ligeramente del mundo de la acción política y militar y nos conduce al mundo del pensamiento. En efecto, contamos con varias obras temáticamente cercanas a nuestro *Arte de la guerra* que, si no fueron escritas al menos parcialmente por los mismos diplomáticos, lo fueron sin duda por sus discípulos sucesores según el mecanismo de formación de libros que resumíamos arriba (págs. 13-16).

Seguramente las dos obras más representativas de estos grupos de diplomáticos sean *Las estrategias durante Reinos Combatientes* y *Anales del maestro Yan* (晏子春秋, datado a finales de Reinos Combatientes). A caballo entre lo literario y lo histórico, *Las estrategias durante Reinos Combatientes* es una obra que relata las guerras, las estratagemas y las manipulaciones políticas que abundaban en todos los reinos desde finales de Primavera y Otoño en adelante, pero muy especialmente durante los doscientos cuarenta y cinco años centrales de Reinos Combatientes, entre 454 a.C. y 209 a.C., época en la que se gestó y escribió nuestro *Arte de la guerra.* Por su parte, *Anales del maestro Yan* es una colección de anécdotas y episodios que nos muestran al consejero político histórico llamado Yan Ying († 500 a.C.) actuando como tal; presenta, en sus ocho capítulos, una estructura acumulativa de anécdotas muy semejante a la de otras obras de entonces que se consagraban a consignar los actos y palabras de un maestro fundador, como, por ejemplo, a Confucio en las *Analectas*.

Pero *El arte de la guerra* no es obra de una escuela de diplomáticos; su contenido está más vinculado a otras obras, de pensamiento militar, de estrategia y de organización política de un reino que pasamos a exponer.

5. El contexto intelectual

Como sería un disparate intentar presentar, aquí y ahora y con profundidad, las corrientes intelectuales de la época en

cuestión, nos limitaremos a intentar esbozar cuáles fueron éstas estrictamente en aquello que las relaciona, por semejanza u oposición, con *El arte de la guerra*. Comenzaremos exponiendo qué corrientes principales de pensamiento existían en la China de los Zhou y pasaremos luego a compararlas con el pensamiento de *El arte de la guerra* para, así, mejor percibir su originalidad.

La China en tiempos de Zhou Oriental, a pesar de vivir sumida en la guerra y el caos, dio luz a un gran número de corrientes filosóficas que se convertirían en uno de los mayores legados de China a la Humanidad; entre estas corrientes, cabe destacar la confuciana o de los letrados[19], la taoísta, la moísta y la legista o de la Ley.

Las grandes obras de dichas escuelas circularon por vía oral y por vía escrita durante las Eras de Primavera y Otoño y de Reinos Combatientes, y tenían por objetivo el proponer soluciones a las dificultades de sus tiempos. Se acercaban menos a lo que entendemos hoy por «filosofía» que a lo que hoy llamaríamos ética y filosofía política. Las soluciones que proponen los libros de dichas escuelas consistían en seguir determinados patrones de conducta que emanaban de ciertas "verdades de escuela", es decir, de ciertos conceptos que cada escuela consideraba los pilares de su ideología.

¿Cuáles eran esas "verdades de escuela", por ejemplo, del confucianismo? Aunque las diferencias existentes entre los tres mayores maestros del confucianismo clásico (*i.e.,* Confucio, Mencio y el maestro Xun) sean evidentes, pues varios siglos los separan, no falta entre ellos un núcleo común de pensamiento del que nace lo que proponen como principios organizativos de la vida humana, a saber: 1) los Ritos (*li,* 礼), entendidos no como una serie de formalidades en el comportamiento vacías de sentido, sino como una verdad abstracta en la que se cree y que se concreta y corporeiza en los actos ordinarios de la gente; y 2) la solidaridad (*ren,* 仁) entre todos los hombres, que viene a significar que el orden social se sustentara, en la esfera de lo público, en el apoyo mutuo entre los hombres, del que el monarca de cada reino era, o debía ser, el ejemplo perfecto que el pueblo seguiría *motu proprio* con fidelidad (*zhong,* 忠) y al

que el monarca serviría lealmente como un padre se ocupa de su hijo; y, en la esfera de lo privado, en la familia y las relaciones familiares, donde los hijos debían una absoluta veneración y obediencia a los padres (*xiao,* 孝).

El taoísmo era notablemente diferente del confucianismo. Su concepto central es el de Tao. Para los taoístas, el modelo de comportamiento humano era el que nos muestra la Naturaleza en su existir por existir, de suerte que el comportamiento humano perfecto se daba en aquellos hombres cuya vida fuera más natural que cultural, más natural que social, más "inhumana" (por natural) que humana (por social). El hombre perfecto para el taoísmo era aquel cuya vida se hacía una con la Naturaleza y sus modos de ser. El taoísmo, en consecuencia, rechaza y ridiculiza todo afán humano, como la fama, el poder político o el prestigio social, pues los considera vanos y fatuos. Lo hecho por el hombre, es decir, sus organizaciones varias, la sociedad entera, sus normas, es notablemente imperfecto, pues lleva consigo todas las imperfecciones humanas, los afanes por satisfacer los deseos humanos como la fama, el poder político, el prestigio social. Es la Naturaleza, y su principio esencial llamado Tao, lo único perfecto.

Para la escuela moísta del maestro Mo, el fundamento de una sociedad estribaba en la solidaridad humana universal, en el cuidado mutuo que todos debían tener por todos sin distinción de clase, procedencia o de cualquier otro tipo: «si reinara en el mundo la solidaridad mutua universal –leemos en el capítulo 14 del *Libro del maestro Mo* (墨子, anterior al s. III a.C.)[20]–, no habría un solo reino que atacara a otro, ni una sola familia que hiciera mal a otra». Ante la cruda realidad de sus tiempos, con malos gobernantes y ministros corruptos, con personas egoístas y reinos mentirosos, tal ideal debía ordenar una sociedad en la que el cuidado de todos constituyera una tarea de todos.

El moísmo tenía un fundamento igualmente religioso: creía en espíritus del Cielo, de la Naturaleza y de los difuntos, que tenían un poder total sobre la vida de los hombres. Tal creencia no era exclusiva de los moístas, sino general. Pero

ellos consideraban que habría paz si todo hombre creyera en los espíritus, pues así todo el mundo sabría que aquel que cometiera algún acto violento o injusto sería rigurosamente castigado por los espíritus y los dioses, ya que éstos tenían el poder de premiar y castigar los actos buenos y malos de los hombres, llegando a castigar incluso con la muerte[21].

La moísta fue una escuela que adquirió la forma de una microsociedad, de una gran comunidad organizada según sus propios ideales y códigos, y compuesta por un amplio segmento nutrido de artesanos, de profesores y de soldados, que se fundó a finales del siglo V a.C. y pervivió hasta finales del siglo III a.C., de suerte que sobrevivió a guerras interminables entre reinos y convivió con aquellos que compusieron nuestro *Arte de la guerra.*

Los textos que componen el *Libro del maestro Mo* constituyen los fundamentos organizativos generales de la "sociedad moísta", de ahí que presenten una notable variedad de contenidos: los hay sobre creencias religiosas, filosóficas, administrativas, militares (para la defensa propia, nunca para lanzar guerras ofensivas), y de lógica lingüística y procedimientos deductivos. Los capítulos militares (del 52 al 71) recuerdan en su organización e intención instructiva a nuestro *Arte de la guerra*, así como en su concreción y exactitud. Basta con leer las primeras líneas del capítulo 52, en las que se describe con medidas de altura y anchura cómo deben construirse las puertas en las murallas de las ciudades para mejor proteger a la población de ataques enemigos, para caer en la cuenta de la función práctica e instructiva de estos capítulos.

Si ahora comparamos las tres mencionadas corrientes de pensamiento con una cuarta, la legista, veremos que hay una notable diferencia que radica no tanto en el contenido de la propuesta ideológica como en el modo de ejecución, es decir, en la manera de llevar a cabo, de instaurar su ideología en la vida de un reino. Dicha gran diferencia radica en la imposición o no imposición del pensamiento y de la conducta individual por parte del Estado. Las obras que a partir de la dinastía Han se catalogarían de «legistas» (法, *fa*) proponían esta segunda

vía impositiva del comportamiento vacío.

Sus textos fundamentales –*Obras del Señor de Shang* (商君书)*, Libro del maestro Han Fei* (韩非子)[22] y *Libro del maestro Guan* (官子)– están repletos de fórmulas para la administración de un reino encaminadas a llevarlo a la hegemonía sobre los demás reinos por la vía militar. No tratan exclusivamente aspectos militares concretos –como hace *El arte de la guerra–,* sino todo aquello que conviene saber para lograr tener un Estado fuerte con un pueblo obediente y un ejército capaz de vencer a todos los demás ejércitos; es decir, abundan en consejos organizativos de la vida en general a modo de Constitución. Buscan con sus teorías que la victoria militar de un reino sobre todos los demás sea posible por la vía del correcto gobernar al pueblo. Se dirigen directamente al monarca, no al general. Y consideran que la victoria militar exige, primero, la óptima organización económica, social y política que ellos proponen. No son manuales de guerra, sino de gobierno. Su enemigo no es el ejército contrario, sino el desorden social, la debilidad política, la escasez económica. No en vano, lo primero que se aconseja en las primeras líneas del capítulo 1 del *Libro del maestro Han Fei* (o *El arte de la política)* para llegar a ser rey hegemónico y absoluto de toda la China de entonces es tener el propio Estado bien gobernado.

Dicho de otro modo, el objetivo final del legismo, de sus propuestas organizativas para un reino, no era cambiar el corazón del hombre ni su forma de pensar y vivir por la vía del convencimiento o la persuasión para que, por añadidura, cambiara la sociedad, sino hacer que un reino fuera fuerte y venciera a todos los demás por la vía de la imposición de una norma de conducta a toda la población sin excepción ninguna (el monarca inclusive) y fuera de toda consideración moral o espiritual. El legismo quería forzar al hombre a obedecer la Ley antes que nada, hacer que la Ley fuera la guía del comportamiento humano por excelencia.

Mientras que el confucianismo, el taoísmo, el moísmo y hasta la filosofía hedonista del maestro Yang Zhu se proponían a sí mismas como mejoras espirituales que, por añadidura, conducirían a una mejoría individual, de las relaciones

humanas y del estado del mundo en general, el legismo se perfila como un pensamiento sin contenido moral o espiritual, como un pensamiento cuyo contenido es su método: la Ley. Y el contenido de la Ley no era otro que la enumeración de actos punibles o dignos de recompensa, no existía más que en calidad de acciones permitidas o prohibidas, porque aquéllas coadyuvarían en el fortalecimiento del reino o éstas lo interferirían y obstaculizarían.

Mientras que las corrientes espirituales y persuasivas buscan que el hombre se gobierne a sí mismo por su propia voluntad, la corriente utilitarista-legista pretende establecer un mecanismo que gobierne al hombre tanto si éste así lo quiere como si no; aquí, el fin justifica los medios, y el conocimiento humano cuaja solamente en la formulación de las leyes necesarias para llevar un reino a la victoria militar sobre los demás reinos. Es en esta constelación ideológica –la de Shang Yang, la del maestro Han Fei, la de algunos capítulos del maestro Guan sobre todo– donde orbita nuestro *Arte de la guerra*, pues, como pasamos a detallar a párrafo seguido, es un texto cuyos conocimientos pretenden establecer un mecanismo de conducta que gobierne un ejército para que el reino obtenga la victoria. Dicho de otro modo, el legismo exigía en los hombres la misma obediencia a la Ley que *El arte de la guerra* exige en las tropas al general.

Como podrá comprobar el lector por sí mismo, nuestro *Arte de la guerra* es un tratado estrictamente militar cuyo eje es la exposición de los elementos que un general debe tener en cuenta para ganar una batalla y, por extensión, una guerra. El tratado dirige *sólo al dirigente del ejército*[23] una serie de recomendaciones y de advertencias, de consejos y de admoniciones; es un libro práctico, para llevar a la práctica, para conseguir que el lector triunfe más allá de la lectura, en la batalla, obteniendo nuevos territorios, nuevos cautivos, nuevos bienes para su rey, para él mismo y para sus soldados.

El arte de la guerra es un manual que tiene por objetivo enseñar a obtener victorias estrictamente militares y que reduce a su mínima expresión sus observaciones sobre la organización de los reinos. Deja en un segundo plano lo

administrativo y lo político, centrándose en la batalla y sus elementos, porque está dirigida y pensada para militares, no para gobernantes. Tanto es así que leemos en el capítulo 3 que el general, bajo ciertas condiciones, debe desobedecer al jefe supremo político del reino si obedecerle hubiera de llevarle a perder una batalla. Se justifica así la independencia total del ejército y la administración política siempre que el fin siga siendo ganar la guerra. Nuestra obra no enseña a regir un reino (como hacían casi todas las corrientes de pensamiento), sino a mandar un ejército y, por esa vía, llevar a la gloria a su monarca y riqueza a su reino.

¿Qué pensaban sobre la guerra las escuelas principales de pensamiento de entonces?

La segunda causa que separa nuestra presente obra de la constelación de las corrientes de pensamiento con un contenido más moral, menos impositivo (taoísmo, confucianismo, moísmo) y que en la misma medida la acerca al legismo, es precisamente el modo de considerar su tema. *El arte de la guerra* recopila sabias frases para ganar batallas, pero nunca se cuestiona la legitimidad moral o ética de la batalla, nunca plantea vías alternativas a la resolución de los conflictos. Sin embargo, las corrientes de la órbita más ético-moral sí que lo hacen; y, aún es más, coinciden todas en rechazar la guerra, en denostarla. Para la mayoría de las escuelas, la guerra solamente era aceptable si era un castigo querido por el Cielo y, por lo tanto, sólo podía dirigirse contra alguna figura transgresora de la armonía y el orden, como, por ejemplo, contra una rebelión campesina, una invasión de otro reino, una rebelión de las tribus «extranjeras» colindantes o una dinastía a la que había que derrocar por haber decaído moralmente; es decir, que la guerra debía ser considerada «justa»[24].

La corriente moísta aborrece la guerra ofensiva y expone con detalle sus razones en el capítulo 17. Acepta participar en una guerra defensiva sólo cuando todos los intentos por evitarla, incluyendo los sobornos al enemigo, hayan resultado infructuosos.

Tampoco el confucianismo clásico era favorable al empleo

de la fuerza. Confucio es un pensador claramente contrario a todo tipo de disturbio, desorden o empleo de la fuerza y acentúa que el gobernante debe ser recto en su conducta y así, por añadidura, el pueblo lo tomará por modelo y desechará la violencia y el mal comportamiento; considera que hay que gobernar por medio de la virtud ejemplar, no de la imposición de leyes ni normas, y que la pena de muerte no debería existir en un reino en el que el monarca obre con rectitud (*Analectas,* XII, 19), si bien es cierto que sostiene que un reino debe tener su propio ejército (*Analectas,* XII, 7) y que enseña las artes consideradas propias de la guerra a la élite gobernante de sus tiempos, es decir, el tiro al arco y la conducción de carros.

Mencio (*c.* 370-290 a.C.), el primer gran discípulo de Confucio, sigue defendiendo la paz frente a la guerra y sostiene abiertamente que ninguna guerra admite justificación (*Libro de Mencio,* 7, B, 2) y que el hombre benevolente (es decir, modélico), y, con él, su propio reino, no tiene enemigos. Considera que el pueblo tiene el derecho de exigir a sus monarcas que le procuren tanto el bienestar material como moral y que, más importante que el propio Estado, es el pueblo: «El pueblo es lo más importante. A continuación, los dioses de la Tierra y del Grano. Los soberanos son los que menos importancia tienen» (7B14). Los legistas, tiempo después, sostendrán la postura contraria: lo importante es el Estado, no el pueblo.

El tercer pilar del confucianismo clásico, el *Libro del maestro Xun*, sostiene una postura de semejante rechazo de la violencia y la guerra. En su capítulo 9, por ejemplo, leemos que el empleo de la guerra por parte de cualquier monarca sólo podría deberse a la flagrante ignorancia de las consecuencias nefastas que acarrea la violencia a quien desencadene la guerra. Sólo la ignorancia de la esencia de la violencia podría hacer comprensible que alguien se lanzase a la batalla: «Quien entiende la esencia de la violencia, nunca la aplicaría». Se exige aquí al soberano una serie de cualidades esenciales entre las que destacan el equilibrio, la mesura, la bondad, y entre las que queda excluida cualquier tendencia a la violencia, el caos y el desorden.

También el taoísmo se cuenta entre las corrientes de pensamiento que aborrecían la violencia *per se,* como comprobará cualquiera que lea el *Libro del Tao* o el *Libro del maestro Zhuang* (庄子)[25].

En el *Libro del Tao*, leemos versos como estos, donde resulta palmario que lo que se fabrica para la guerra es considerado nocivo (poema 31):

Las armas son herramientas de la violencia
todo hombre decente las detesta.

Las armas son herramientas del miedo
el hombre decente las evita[26].

En el mismo poema, leemos que «la paz es para él [el caballero] lo más alto», y en el poema 46, por ejemplo, vemos cómo se identifica un mundo que sigue el Tao con un mundo en paz, y un mundo que no sigue el Tao con un mundo en guerra. El mundo perfecto es aquel que está en paz, como la propia Naturaleza lo está:

Cuando un país está en armonía con el Tao
produce herramientas y bienes.

Cuando un país va en contra del Tao
acumula armas a las puertas de sus ciudades[27].

Pero tanto para los confucianos como para los taoístas, a pesar de que la guerra fuera impropia y despreciable, existían guerras justificadamente inevitables: aquellas que mandaba el Cielo, divinidad suprema que regía sobre los hombres. Tales guerras solían lanzarse cuando algún monarca se comportaba de manera tan indigna y ofensiva que se hacía merecedor de un ataque militar para, de ese modo, restituir el equilibrio a la sociedad, al universo.

La escuela filosófica legista sostiene puntos de vista diferentes sobre la guerra, a la que consideraba la única vía para que un reino venciera a todos los demás y se hiciera el dueño del mundo. Era, por lo tanto, una vía válida que convenía seguir y emplear a favor de uno mismo.

Los libros de todas estas escuelas abundan en réplicas mutuas y enfoques novedosos y contrarios de un tema ya tocado por otra escuela, de suerte que las obras clásicas chinas de pensamiento van conformándose no como monólogos emitidos desde cada obra, sino como un diálogo permanente y en evolución. En el *Libro del maestro Han Fei* legista, por ejemplo, encontramos numerosas críticas directas al pensamiento confuciano. En textos taoístas del *Libro del maestro Zhuang* no faltan las pullas contra Confucio y sus Ritos. Tampoco escasean las opiniones en unos y otros libros sobre el tema de cómo ser un buen gobernante, cómo tratar al pueblo, cómo deben usarse las palabras con respecto a su verdadero sentido, o, en fin, cómo canalizar el comportamiento social de una forma armoniosa. Pero en tal diálogo apenas es mencionado *El arte de la guerra*, salvo en tres ocasiones. La primera se encuentra en el capítulo 15 del *Libro del maestro Xun*, donde dicho maestro confuciano, oponiéndose frontalmente a la tesis de nuestro libro según la cual «la clave de la guerra es el engaño», afirma que «el ejército del hombre bueno no puede emplear nunca el engaño».

La segunda se encuentra en el *Libro del maestro Han Fei* (capítulo 49), es decir, en una obra afín a nuestro *Arte de la guerra*. La tercera y última ocurre en otro libro de la misma corriente legista, en los textos de Shang Yang; en efecto, en su capítulo 3 encontramos una buena decena de frases que parafrasean *El arte de la guerra*.

Vemos, por lo tanto, que nuestro *Arte de la guerra* no participó apenas en los debates filosóficos de la época, o, al menos, en los debates que nos han llegado hasta la actualidad en forma de texto escrito. Pero es igualmente cierto que fue la primera obra, desde un punto de vista cronológico, de una larguísima lista de textos que tomaron la guerra como objeto de reflexión desde un punto de vista técnico y, a veces, moral y filosófico. Algunas de estas obras son históricas –como la presente– y otras son legendarias, inventadas, como sucede con el *Libro del Yin y el Yang* (阴阳经), cuya autoría se atribuía a la figura mitológica del Emperador Amarillo, o *Las tácticas* (握机经) de principios de nuestra Era.

Entre las históricas, convendría comenzar recordando que en *Historia general* de Sima Qian se mencionan aquellos hombres que «aumentaron nuestros conocimientos sobre la guerra» (capítulo 25: 申明军约), refiriéndose sin duda a hombres cuya sabiduría militar quedó posteriormente recogida en libros de estrategia que conformarían la corriente en cuestión.

A continuación de nuestra obra y de su putativo autor, deberíamos reseñar los siguientes: *El arte de la guerra de Sun Bin; Libro del maestro Wu; Libro del maestro Wei Liao* (尉缭子) y *Las seis vías* (六韬), obras todas anteriores a 221 a.C.

También debemos destacar *El arte de la guerra del maestro Wu* (吴子), una obra del siglo III a.C. que fue escrita por los discípulos del estratega llamado Wu Qi († 381 a.C.), un afamado militar que habría sido discípulo de discípulos de Confucio. Tal influencia confuciana salta a la vista en sus páginas, en las que asistimos a una defensa de la guerra «justa», tal como la definíamos antes, es decir, de la guerra que servía para restablecer el orden y el equilibrio indebidamente deteriorados por alguien. Diríamos que pertenece a la misma tendencia ideológica la siguiente gran obra militar, titulada *Estrategias del ministro de la guerra* (司马法).

Si avanzamos en el tiempo, llegamos al general Zhu Geliang (181-234 d.C.), que prestó servicios al reino de Shu y cuenta en su haber con la siguiente obra atribuida: *Las tácticas de Zhu Geliang* (诸葛亮计), donde se expone la teoría de «la mente del enemigo» (攻心). Tal teoría sostiene que no es necesario luchar tanto contra el ejército del enemigo como contra la mente de su general y su ejército, que hay que

saber vencer al enemigo con la mente, mentalmente, anticipándose a sus actos e ideando estrategias, sin necesidad de llegar a luchar.

Llegados a la dinastía Tang, parece que todo está dicho en materia estratégica en China. Proliferarán a partir de aquí las obras enciclopédicas sobre la guerra, que reemplazarán a las de estrategia original. La más completa y extensa de todas seguramente sea la titulada *Tratado de terminología militar* (武備志), que se terminaría en 1628 bajo la coordinación y autoría de Mao Yuanyi. En esta increíble obra militar se recogen, entre otros textos, todos los libros de estrategia militar chinos desde nuestro *Arte de la guerra* y se hace un repaso cronológico de la Historia Militar de China sin precedentes, con numerosas ilustraciones de época.

Las obras que tocan el tema de la guerra podrían organizarse en tres grupos o tendencias generales. La primera tendencia defiende en la guerra el empleo táctico de la adivinación y los factores cósmicos, como las teorías del Yin y el Yang, la teoría de las Cinco Fases de la Naturaleza y las demás variantes de adivinación; tales ideas aparecen en *El arte de la guerra del maestro Wu*; *El arte de la guerra de Sun Bin*, el *Libro del maestro Gui Gu* (鬼谷子), y, mayormente, otros tratados militares posteriores, como el *Libro sobre el oscuro planeta de Venus* (del 759 d.C.).

La segunda estaría representada por aquellas obras que plantean como estrategia principal ganar la guerra sin luchar, es decir, ganar mediante estratagemas y estrategias o, en última instancia, mediante la lucha armada, como es el caso de nuestra presente obra, *El arte de la guerra.*

Y, en fin, la tercera estaría representada por aquellos textos que creían que la supremacía podía obtenerse mediante la creación de un reino en el que reinara la armonía interna entre el monarca y el pueblo. El ejército podría emplearse para defenderse de ataques extranjeros o para sofocar rebeliones injustas internas o para castigar a otros pueblos por haber contravenido los deseos del Cielo.

Fue la segunda tendencia, la de nuestro *Arte de la guerra*, la que predominó en el tiempo.

Por el motivo que fuera, *El arte de la guerra* no sólo fue la primera, sino también la más utilizada a lo largo de la historia de China de todas ellas. Su utilidad a lo largo de las épocas y los países sigue siendo un misterio en el que dejamos al lector bucear por sí mismo, no sin resumir ahora brevemente los principios generales que subyacen a lo largo de sus páginas.

A diferencia de todas aquellas obras que proponían llevar a cabo las guerras en función del universo, el cosmos y los planetas, la nuestra estipula claramente como principio indiscutible que la acción militar debe dirigirse a conseguir un beneficio claramente definido. Para conseguir tal objetivo, *El arte de la guerra* es el primero en la historia de China en plantear los siguientes principios: actuar siempre tras haber trazado un plan en el que se hayan evaluado los pros y los contras y gracias al cual siempre se vaya a lograr el objetivo deseado. Este principio general se desmenuza en diversos principios menores, pero todos ellos son factores que deben coadyuvar. Nada debe hacerse sin haberse trazado un plan humano que lleve a conseguir el objetivo militar en cuestión. ¿Cómo? La contestación a tal pregunta es, precisamente, el contenido entero del presente librito.

Uno de esos principios menores más notables podría enunciarse así: uno, el general, en virtud de sus conocimientos manda sobre los demás, que se limitan a obedecer, y manda en ocasiones sobre el propio poder máximo del reino al que sirve. El rey tiene potestad para elegir y destituir al general y para encargarle la consecución de un determinado objetivo, pero no para dirigir al ejército, ni para opinar sobre cómo dirigirlo. A su vez, el general tiene potestad absoluta para cumplir con su obligación, y si para ello debe desobedecer las órdenes a su propio rey, las desobedecerá; tiene, pues, mando universal para cumplir su cometido. Y los que están bajo su mando sólo tienen una tarea: obedecer las órdenes cuando y como se les dan sin llevar a cabo ninguna decisión personal de ninguna clase aunque la consideraran beneficiosa para ganar la batalla. El sistema de mando militar se fundamenta en el conocimiento táctico: es general aquel que sabe de estrategia y no aquel que es noble de nacimiento, como sucedía tiempo atrás, en Zhou

Occidental.

Un segundo principio general es que la acción militar sólo se lleva a cabo si se prevé conseguir beneficios. «Beneficios» es un término que tiene un sentido diverso en nuestro texto, ya que se refiere a veces a beneficios estrictamente tangibles y materiales (territorios, ejércitos, ciudades) y, a veces, a beneficios estratégicos (una posición política dominante). En todo caso, el principio que plantea *El arte de la guerra* es que sólo se actúa cuando se prevé conseguir el beneficio perseguido. Si no se está seguro de que se va a ganar, no se lucha ni se mueve el ejército.

Joseph Needham y Krzystof Gawlikowski[28] señalan que tal principio distingue notablemente el arte de la guerra chino del europeo, pues si éste se ha enfocado generalmente a luchar *contra* alguien (un país, una ideología), aquél ha buscado siempre una lucha *para* algo, es decir, para conseguir un objetivo. Esta segunda actitud, la china, se focaliza más en la obtención de un bien que en la eliminación del enemigo, y de ahí que prefiera –he aquí otro principio de *El arte de la guerra*– vencer sin destrozar, deteriorar o diezmar. El lector descubrirá por sí mismo las mil estratagemas que existen para lograr tal objetivo en las páginas que siguen, así como los cien factores (el terreno, los espías, la forma de la tropa cuando ataca, las aptitudes de los generales contendientes, la cohesión entre generales y tropas, las estrategias de ataque) que hay que saber considerar y usar durante toda contienda.

Las irradiaciones de *El arte de la guerra* alcanzaron, a su vez, muchas esferas de la vida china. En lo militar, su influjo ha sido constante y ha llegado hasta el presente, alcanzando a grandes generales como Mao Zedong (1893-1976), quien recomendaba la lectura y aplicación de nuestra obra en pleno siglo XX. También influyó en lo literario, y muy destacadamente en dos fabulosas novelas (aún no traducidas al castellano), a saber, *La novela de los Tres Reinos* de Luo Guanzhong (三国演义, siglo XIV) y la ya mencionada y muy anterior *Estrategias durante Reinos Combatientes,* gracias a las cuales se fue extendiendo y forjando la idea de que el general era alguien que poseía conocimientos y artes únicas,

inconcebibles, cuasidivinas y a veces obtenidas por vías mágicas, recibidas de seres que estaban más allá de lo humano. En tercer lugar, hallaríamos su influjo en obras y escuelas que pertenecían a las artes marciales y que adoptaban estrategias propias de *El arte de la guerra*, y también, claro está, en maestros que las seguían al pie de la letra, como, por ejemplo, el gran maestro de *taiji* Yang Changfu (1862-1935) y los monjes del monasterio de Shaolin[29]. En cuarto lugar, es destacable cómo los manuales de sexualidad de la China antigua adoptaron en numerosas ocasiones el lenguaje de nuestra obra a la hora de describir las "batallas" de alcoba, en obras como, por ejemplo, *Libro de la muchacha Transparente* (素女经, dinastías Sui-Tang)[30]. La influencia de *El arte de la guerra* va muchísimo más allá de este puñadito de ejemplos que acabamos de traer a colación, que presentamos con la sola intención de destacar cuán variada ha sido y sigue siendo dicha influencia en lo temático y cuán duradera en lo temporal.

En fin, *El arte de la guerra* es fiel reflejo de una nueva mentalidad, de esa mentalidad que consideraba que el ejército debía ser independiente del poder político del reino y que abogaba por la autonomía del general frente al monarca una vez que el monarca hubiera confiado al general una misión concreta. Es reflejo de cómo se llegó, ya a finales de Primavera y Otoño, y mucho más en Reinos Combatientes, a la especialización del ejército y a la especialización de la ciencia militar en calidad de rama del saber independiente de las demás ramas del conocimiento humano. Es reflejo de cómo se apartó del gobierno y del ejército todo lo relacionado con las creencias religiosas y con los códigos morales de comportamiento, y, en fin, de cómo el conocimiento táctico pasó a ser la clave para ganar cualquier conflicto armado.

Agradecimientos y edición original

Agradecemos a Javier Setó el habernos invitado a traducir la presente obra. De no haber sido por su amable insistencia en que lo hiciéramos, lo probable es que nunca hubiéramos

trabajado en este fascinante texto de la China antigua. Hemos basado nuestra traducción en el siguiente texto original: «孙子兵法集注», 岳麓出版社, 长沙, 1997.

---

1 Debido a la gran cantidad de datos históricos, objetivos, que empleamos en estas páginas, hemos creído conveniente reducir al máximo las correspondientes notas a pie de página, pues habrían sido demasiadas para una edición como la presente; en la Bibliografía aclaramos las obras que hemos empleado.

2 Citamos por Feng You-lang, *History of Chinese Philosophy,* vol. 1, Princeton UP, Princeton, p. 7. Traducción de D. Bodde.

3 Hay traducción al castellano: *Libro de los cantos*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

4 Un intento sistemático y profundo de aclarar estos problemas de todos los grandes libros de la Antigüedad china es la obra que Michael Loewe coordinó y publicó en 1993 que recogemos en la Bibliografía *infra*.

5 Véase Ignacio Preciado, *Tao Te Ching. Los libros del Tao*, Trotta, Madrid, 2006; y Robert G. Henricks, *Lao Tzu's* Tao Te Ching: *A Translation of the Startling New Documents Found at Guodian*, Columbia UP, N. York, 2000. Otras traducciones al castellano: *Libro del curso y la virtud*, Siruela, Madrid, 2003, traducción de A.-H. Suárez; *Tao Te Ching*, Tecnos, Madrid, 2012, traducción de C. Elorduy. *Tao Te Ching,* Alianza Editorial, Madrid, 2011, versión de S. Mitchell, traducción al castellano de J. Viñes.

6 Que traducimos actualmente por *El arte de la guerra,* pero que también podría traducirse por *Las estrategias del maestro Sun*.

7 Acostumbraba a transcribirse tal nombre «Sun Tzu» según un sistema de transcripción fonética ya en desuso desde hace décadas. Según el sistema actual aceptado por la Unesco, debería transcribirse «Sunzi», que significa 'maestro Sun'.

8 Bruce E. Brooks, «The Present State and Future Prospects of Pre-Han Text Studies», *Sino-Platonic Papers,* 46 (July), 1994, pp. 59-62.

9 M. E. Lewis lo había datado entre los años 453 y 403 a.C., y Samuel B. Griffith entre 400 y 320 a.C.; véase Mark Edward Lewis, *Sanctioned Violence in Early China*, SUNY Press, N. York, 1990, p. 285, nota 5. S. B. Griffith (1963), *Sun Tzu. The Art of War,* Oxford UP, Oxford, 1971, p. 11.

10 «What's in a Name? On the Sources Concerning Sun Wu», *Asia Major*, 3.ª serie, 5, n.º 1, 1992, pp. 1-31.

11 *Cf.* Chhi Ssu-Ho, «孙子著作时代考», 燕京学报, número 26, 1939, pp. 175-190.

12 *Véase* VV.AA., 银雀山汉墓竹简整理, 文物出版社, Pekín, 1985, pp. 94-111. Y también la edición de nuestra obra hecha por el Equipo de Estudio de Manuscritos de Varillas de Bambú del Monte Yinque: 银雀山汉墓竹简整理小组, «孙子兵法», 文物出版社, Pekín, 1976. Hay traducción al castellano de dicho texto: *El arte de la guerra de Sunzi. Versión restaurada a partir del manuscrito de Yinqueshan*, La Esfera de los Libros, Madrid, 1996, traducción de L. Ramírez Bellerín.

13 «孙子古本研究»，北京大学出版社, Pekín, 1995, p. 261.

14 Hay traducción completa al inglés en Ralph D. Sawyer, traducción e introducción, *The Seven Military Classics of Ancient China*, Basic Books, Boulder (Colorado) y Summertown, 2007.

15 Duque Zhao, año 1.

16 Véase también el capítulo 53 del *Libro del maestro Mo* sobre las ballestas y sus tipos.

17 Cf. D.C. Lau y Roger T. Ames, *Sun Bin. The Art of Warfare*, SUNY Press, N. York, 2003, pp. 179, 235, 383.

18 Capítulo 1, parte 4.

19 Sus textos fundacionales se encuentran, en castellano, en Confucio, Mencio, *Los cuatro libros*, Paidós, Barcelona, 2002, traducción de J. Pérez; y *Lun Yu: reflexiones y enseñanzas*, Kairós, Barcelona, 1997, traducción de A.-H. Suárez.

20 Hay traducción al castellano: *Mo Ti. Política del amor universal*, Tecnos, Madrid, 1987, traducción de Carmelo Elorduy. Es una antología de capítulos.

21 En el capítulo 31, «Sobre los espíritus, 明鬼» leemos: 此其故何以然也？則皆以疑惑鬼神之有與無之別，不明乎鬼神之能賞賢而罰暴也。今若使天下之人，偕若信鬼神之能賞賢而罰暴也，則夫天下豈亂哉!, que significa: «¿me preguntas el porqué de este estado de cosas? Pues porque la gente duda de que existan los espíritus y los dioses, y no ve claramente que pueden éstos tanto premiar como castigar. Si hoy día todo el mundo creyera en el poder de premiar y de castigar de los espíritus y los dioses, ¡no viviríamos en tal caos!».

22 Hay traducción al castellano: Han Fei Zi, *El arte de la política,* Tecnos, Madrid, 2010.

23 Con una sola excepción en todo el libro: cuando se aconseja al señor del reino en qué circunstancias cesar o no a su general en el capítulo 1: «Si el general sigue estas consideraciones, obtendrá seguro la victoria y convendrá mantenerle en su puesto, pero hay que destituirle si no las sigue, pues va derecho a la derrota».

24 Véase de ejemplo *Los comentarios de Zuo*, duque Xuan, año 12, donde se lee que los movimientos militares sólo deben ejecutarse cuando algún

señor de algún reino haya hecho el mal. Los mitos chinos recogen esta figura del transgresor al que se castiga con la guerra en la figura de Chiyou y de Gong Gong, pero también bajo la forma de fenómenos naturales que desequilibran el orden cósmico, como la Sequía o los Diez Soles en el cielo, como veíamos en *Mitología de la China antigua,* Alianza Editorial, Madrid, capítulos 4, 5, 6 y 7.

25 Hay traducción castellana: *Zhuang Zi. Maestro Chuang Tsé*, Kairós, Barcelona, 2007.

26 *Tao Te Ching*, Alianza, Madrid, 2008, versión de S. Mitchell, p. 73.

27 *Tao Te Ching*, Alianza, Madrid, 2008, versión de S. Mitchell, p. 103.

28 *Science and Civilization in China*, vol. V: 6, Cambridge UP, Cambridge, 2008, p. 37.

29 Wong Kiew Kit, *The Art of Shaoling Kungfu*, Element Books, Rockport (Mass.), 1996, p. 151.

30 Ye Dehui, «双梅景闇丛书», 海南国际出版社, Haikou, 1992, y Robert van Gulik, «秘戏图考», 广东人民出版社, 1992. Recomendamos en inglés Douglas Wile, *Art of the Bedchamber. The Chinese Sexual Yoga Classics including Women's Solo Meditation Texts*, SUNY Press, N. York, 1992, pp. 85-94.

25

En el capítulo 31, «Sobre los espíritus, 明鬼» leemos: 此其故何以然也？則皆以疑惑鬼神之有與無之別，不明乎鬼神之能賞賢而罰暴也。今若使天下之人，偕若信鬼神之能賞賢而罰暴也，則夫天下豈亂哉!, que significa: «¿me preguntas el porqué de este estado de cosas? Pues porque la gente duda de que existan los espíritus y los dioses, y no ve claramente que pueden éstos tanto premiar como castigar. Si hoy día todo el mundo creyera en el poder de premiar y de castigar de los espíritus y los dioses, ¡no viviríamos en tal caos!».

19

28

Tao Te Ching, Alianza, Madrid, 2008, versión de S. Mitchell, p. 103.

Tao Te Ching, Alianza, Madrid, 2008, versión de S. Mitchell, p. 73.

Hay traducción castellana: *Zhuang Zi. Maestro Chuang Tsé*, Kairós, Barcelona, 2007.

Véase de ejemplo *Los comentarios de Zuo*, duque Xuan, año 12, donde se lee que los movimientos militares sólo deben ejecutarse cuando algún señor de algún reino haya hecho el mal. Los mitos chinos recogen esta figura del transgresor al que se castiga con la guerra en la figura de Chiyou y de Gong Gong, pero también bajo la forma de fenómenos naturales que desequilibran el orden cósmico, como la Sequía o los Diez Soles en el cielo, como veíamos en *Mitología de la China antigua,* Alianza Editorial, Madrid, capítulos 4, 5, 6 y 7.

Ye Dehui, «双梅景闇丛书», 海南国际出版社, Haikou, 1992, y Robert van Gulik, «秘戏图考», 广东人民出版社, 1992. Recomendamos en inglés Douglas Wile, *Art of the Bedchamber. The Chinese Sexual Yoga Classics including Women's Solo Meditation Texts*, SUNY Press, N. York, 1992, pp. 85-94.

Wong Kiew Kit, *The Art of Shaoling Kungfu*, Element Books, Rockport (Mass.), 1996, p. 151.

El lector comprenderá ahora por qué resulta casi imposible encontrar una sola gran obra que, con anterioridad al año 221 a.C., haya sido escrita por un solo autor. El "libro" no era algo que tuviera un principio y un fin prefijados desde el momento de su gestación, porque los libros no se escribían de principio a fin siguiendo un esquema previamente establecido por una sola mente, ni eran obra de una sola pluma, sino que se iban formando por acumulación de textos que provenían de diversas plumas y de distintos momentos históricos. El período de recopilación de todos esos textos y frases que luego terminarían formando un libro es, en consecuencia, difícil de determinar y muy extenso en muchos casos. Piénsese, por ejemplo, que el *Libro de los cantos* (诗经)3, la mayor obra de poesía de la civilización china, tardó en componerse más de cuatro siglos.

Science and Civilization in China, vol. V: 6, Cambridge UP, Cambridge, 2008, p. 37.

Con una sola excepción en todo el libro: cuando se aconseja al señor del reino en qué circunstancias cesar o no a su general en el capítulo 1: «Si el general sigue estas consideraciones, obtendrá seguro la victoria y convendrá mantenerle en su puesto, pero hay que destituirle si no las sigue, pues va derecho a la derrota».

Hay traducción al castellano: Han Fei Zi, *El arte de la política,* Tecnos, Madrid, 2010.
12

0. Cómo leer *El arte de la guerra*1

18

Dicho todo lo cual, y viniendo ya a la obra que ahora nos interesa, no sorprenderá al lector saber que es probable que el genial estratega llamado “Sun Tzu” o “maestro Sun” jamás existiera, como veremos a continuación. Ni tampoco sorprenderá saber que, si existió y escribió algo en su vida, seguramente jamás escribió la totalidad del libro que hoy presentamos y probablemente ninguna de sus partes. Y, en fin, tampoco llamará la atención que debamos descartar que fuera escrito en el siglo VI a.C., como se creía tradicionalmente, y que debamos pensar, más bien, que *El arte de la guerra* es una obra que fue compuesta como lo fueron casi todas las demás de su época, es decir, por acumulación de textos que diversas personas escribieron a lo largo de varias décadas y que, en un momento determinado, quedaron reunidos establemente bajo el título «孙子兵法»6 o, simplemente, «孙子» (que significa ‘Maestro Sun’7). Desde luego, las características estructurales y lingüísticas del libro que aquí presentamos son lo suficientemente reveladoras y contundentes como para estar seguros de que su composición siguió los pasos que acabamos de describir, es decir, que fue compuesto por acumulación en un período que abarca al menos cien años.
24

Dicho todo lo cual, y viniendo ya a la obra que ahora nos interesa, no sorprenderá al lector saber que es probable que el genial estratega llamado “Sun Tzu” o “maestro Sun” jamás existiera, como veremos a continuación. Ni tampoco sorprenderá saber que, si existió y escribió algo en su vida, seguramente jamás escribió la totalidad del libro que hoy

presentamos y probablemente ninguna de sus partes. Y, en fin, tampoco llamará la atención que debamos descartar que fuera escrito en el siglo VI a.C., como se creía tradicionalmente, y que debamos pensar, más bien, que *El arte de la guerra* es una obra que fue compuesta como lo fueron casi todas las demás de su época, es decir, por acumulación de textos que diversas personas escribieron a lo largo de varias décadas y que, en un momento determinado, quedaron reunidos establemente bajo el título «孙子兵法»[6] o, simplemente, «孙子» (que significa 'Maestro Sun'[7]). Desde luego, las características estructurales y lingüísticas del libro que aquí presentamos son lo suficientemente reveladoras y contundentes como para estar seguros de que su composición siguió los pasos que acabamos de describir, es decir, que fue compuesto por acumulación en un período que abarca al menos cien años.

13

30

El cuarto y último factor que nos ayudará a comprender mejor por qué hay tal nebulosa rodeando los conceptos de autoría y fecha de composición de obras semejantes al *Arte de la guerra* es que carecemos de textos originales de la época, de ediciones cercanas a los "autores" o, al menos, a la época de composición de los libros. Tales ediciones prínceps sólo han sido conocidas en el último siglo gracias a los arqueólogos chinos. Exhumados en tumbas, dichos hallazgos librescos nos ayudan a confirmar si los textos que nosotros leemos actualmente son iguales a los que leían los chinos de entonces, o diferentes. El *Libro del Tao* (道德经) es un buen ejemplo en la medida en que ahora, tras los descubrimientos de la arqueología del siglo XX, sabemos que durante las dinastías Zhou y Han circuló en distintas versiones; tanto es así que hay quien prefiere hablar de los libros del Tao, en plural, en vez del libro del Tao, pues ya es palmario que en la Antigüedad no se transmitía una sola edición, sino varias y distintas, que no había "un" *Libro del Tao* sino varios[5], y nada nos asegura que no se vayan a encontrar más en otras tumbas en el futuro.

Entonces, ¿cuándo se compuso *El arte de la guerra* y quién lo hizo? La obra se fue formando a lo largo de la segunda mitad

de la dinastía Zhou, es decir, el período llamado “Zhou Oriental”, y se terminaría de componer en los años que reciben el nombre de “Era de los Reinos Combatientes” (481-221 a.C.). Dataciones más exactas, que debemos a Bruce E. Brooks, proponen con notable solidez los años 345 al 272 a.C. como fechas para la composición de sus distintos capítulos8, aunque hay autores que apuestan por dataciones más antiguas9.

11

Debido a la gran cantidad de datos históricos, objetivos, que empleamos en estas páginas, hemos creído conveniente reducir al máximo las correspondientes notas a pie de página, pues habrían sido demasiadas para una edición como la presente; en la Bibliografía aclaramos las obras que hemos empleado.

Intentar desvelar quién escribió y cuándo *El arte de la guerra* nos servirá sin duda para aclarar dicha falta de estructura en nuestro libro. Para hacerlo, conviene empezar recordando, con el historiador chino del siglo XVIII Chang Hsüeh-ch’eng (1738-1801), que no «hay un solo ejemplo de escritura (individual) de libros en la Antigüedad»2 china, es decir, que ni *El arte de la guerra* ni ninguno de los demás grandes libros de la China clásica, es decir, ninguna de esas obras que tienen ya una dimensión universal, fueron escritos a título individual, por un solo hombre, por un autor único.

Véase Ignacio Preciado, *Tao Te Ching. Los libros del Tao*, Trotta, Madrid, 2006; y Robert G. Henricks, *Lao Tzu’s* Tao Te Ching: *A Translation of the Startling New Documents Found at Guodian*, Columbia UP, N. York, 2000. Otras traducciones al castellano: *Libro del curso y la virtud*, Siruela, Madrid, 2003, traducción de A.-H. Suárez; *Tao Te Ching*, Tecnos, Madrid, 2012, traducción de C. Elorduy. *Tao Te Ching,* Alianza Editorial, Madrid, 2011, versión de S. Mitchell, traducción al castellano de J. Viñes.

29

Un intento sistemático y profundo de aclarar estos problemas de todos los grandes libros de la Antigüedad china es la obra que Michael Loewe coordinó y publicó en 1993 que recogemos en la Bibliografía *infra*.

26

Hay traducción al castellano: *Libro de los cantos*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

Citamos por Feng You-lang, *History of Chinese Philosophy,* vol. 1, Princeton UP, Princeton, p. 7. Traducción de D. Bodde.

23

M. E. Lewis lo había datado entre los años 453 y 403 a.C., y Samuel B. Griffith entre 400 y 320 a.C.; véase Mark Edward Lewis, *Sanctioned Violence in Early China*, SUNY Press, N. York, 1990, p. 285, nota 5. S. B. Griffith (1963), *Sun Tzu. The Art of War,* Oxford UP, Oxford, 1971, p. 11.

Bruce E. Brooks, «The Present State and Future Prospects of Pre-Han Text Studies», *Sino-Platonic Papers,* 46 (July), 1994, pp. 59-62.

Acostumbraba a transcribirse tal nombre «Sun Tzu» según un sistema de transcripción fonética ya en desuso desde hace décadas. Según el sistema actual aceptado por la Unesco, debería transcribirse «Sunzi», que significa 'maestro Sun'.

Que traducimos actualmente por *El arte de la guerra,* pero que también podría traducirse por *Las estrategias del maestro Sun*.

14

20

17

21

27

Cf. Chhi Ssu-Ho, «孙子著作时代考», 燕京学报, número 26, 1939, pp. 175-190.

«What's in a Name? On the Sources Concerning Sun Wu», *Asia Major*, 3.ª serie, 5, n.º 1, 1992, pp. 1-31.

Entonces, ¿cuándo se compuso *El arte de la guerra* y quién lo hizo? La obra se fue formando a lo largo de la segunda mitad de la dinastía Zhou, es decir, el período llamado "Zhou Oriental", y se terminaría de componer en los años que reciben el nombre de "Era de los Reinos Combatientes" (481-221 a.C.). Dataciones más exactas, que debemos a Bruce E. Brooks, proponen con notable solidez los años 345 al 272 a.C. como fechas para la composición de sus distintos capítulos8, aunque hay autores que apuestan por dataciones más antiguas9.

15

Véase también el capítulo 53 del *Libro del maestro Mo* sobre las ballestas y sus tipos.

Duque Zhao, año 1.

Hay traducción completa al inglés en Ralph D. Sawyer, traducción e introducción, *The Seven Military Classics of Ancient China*, Basic Books, Boulder (Colorado) y Summertown, 2007.

«孙子古本研究», 北京大学出版社, Pekín, 1995, p. 261.

10

Hay traducción al castellano: *Mo Ti. Política del amor universal*, Tecnos, Madrid, 1987, traducción de Carmelo Elorduy. Es una antología de capítulos.

Sus textos fundacionales se encuentran, en castellano, en Confucio, Mencio, *Los cuatro libros*, Paidós, Barcelona, 2002, traducción de J. Pérez; y *Lun Yu: reflexiones y enseñanzas*, Kairós, Barcelona, 1997, traducción de A.-H. Suárez.

Capítulo 1, parte 4.

Cf. D.C. Lau y Roger T. Ames, *Sun Bin. The Art of Warfare*, SUNY Press, N. York, 2003, pp. 179, 235, 383.

16

22

Véase VV.AA., 银雀山汉墓竹简整理, 文物出版社, Pekín, 1985, pp. 94-111. Y también la edición de nuestra obra hecha por el Equipo de Estudio de Manuscritos de Varillas de Bambú del Monte Yinque: 银雀山汉墓竹简整理小组, «孙子兵法», 文物出版社, Pekín, 1976. Hay traducción al castellano de dicho texto: *El arte de la guerra de Sunzi. Versión restaurada a partir del manuscrito de Yinqueshan*, La Esfera de los Libros, Madrid, 1996, traducción de L. Ramírez Bellerín.

El último paso en la existencia de las grandes obras de la Antigüedad consistía, como es previsible, en su fijación definitiva, edición y transmisión. Quién y cuándo desempeñara tal tarea es una incógnita en el caso de ciertas obras, aunque no de todas. En consecuencia, lo normal es ignorar cuándo empezaron a existir, con exactitud y en forma de libro, muchas de las grandes obras de pensamiento chinas de la época[4]. Sabemos con seguridad, no obstante, que durante la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) se llevó a cabo una profunda labor de investigación, recuperación y edición (¿o deberíamos decir reedición?) de los textos antiguos, y que se fijaron entonces muchas de las ediciones que han llegado hasta nuestros días.

El arte de la guerra

Capítulo 1

Las consideraciones

Dijo el maestro Sun:

La guerra es un gran servicio para el reino[1], es el terreno donde se decide si muere o vive, el camino que lo lleva a la desaparición o a la pervivencia; de ahí que sea forzoso examinarla. Tal examen, que se funda en la consideración de los cinco aspectos siguientes, por una parte, y en la comparación de los distintos puntos de partida de cada contendiente, por la otra, lleva a conocer bien la situación.

Los cinco aspectos por considerar son los siguientes. Primero, el *Tao*, donde hay que ver si los subordinados tienen los mismos deseos que los superiores, si estarían junto a ellos a vida o muerte, y si no tendrían miedo al peligro. Segundo, el *Cielo*, donde debe considerarse si es de día o de noche, si hace frío o calor, y el momento del año. Tercero, la *Tierra*, es decir, si las distancias son largas o cortas, es terreno fácil o difícil, tiene anchura o estrechez, lleva a la muerte o a la vida. Cuarto, el *General*, en quien hay que mirar si es sabio, fiable, humano, valiente y estricto. Quinto, las *Normas*, donde se examina la organización y la estructura, el mando y el control, y el buen o mal empleo de lo fundamental. De todos estos cinco aspectos se debe tener conocimiento; quien lo tenga, vencerá, quien no lo tenga, perderá.

Más arriba decíamos que comparando los distintos puntos de partida se llega a conocer bien la situación. Comparemos: de los jefes, ¿cuál tiene el *Tao* según lo definíamos antes? De los generales, ¿cuál capacidad? ¿Quién tiene el *Cielo* y la *Tierra* a su favor? Las *Normas* y las órdenes, ¿en qué bando se ejecutan bien? De los ejércitos, ¿cuál es más fuerte? De los soldados de a pie, ¿cuáles están mejor entrenados? De los premios y los castigos, ¿cuáles son más claros? Sabiendo todo esto, se sabe también quién va a vencer y quién va a perder.

Si el general sigue estas consideraciones, obtendrá seguro la victoria y convendrá mantenerle en su puesto, pero hay que

destituirle si no las sigue, pues va derecho a la derrota.

Gracias a las ventajas que comportan estas instrucciones nos estaremos construyendo lo que llamamos una *posición ventajosa*, que será de gran ayuda cuando se esté en el extranjero; y cuando hablamos de una *posición ventajosa* nos referimos a crear un "tipo de situación poderosa" que proviene de las susodichas ventajas.

La clave de la guerra es el engaño: aparentar que no se tiene capacidad para hacer algo cuando sí se tiene; aparentar que no se tienen medios cuando sí se tienen; que se está lejos cuando se está cerca y que se está cerca cuando se está lejos.

Cuando busque el enemigo beneficios materiales, hay que tentarle con ellos. Cuando haya desorden en él, hay que hacerlo prisionero. Cuando esté fuerte, alejarse. Cuando esté airado, sacarle de quicio. Cuando sea humilde, ensoberbecerle. Cuando esté descansado, cansarle. Cuando venga amistoso, ser distante. Atacarle cuando no esté preparado y lanzarse cuando no se lo espere.

Un gran estratega no difunde nada antes de tiempo. El que, en el Templo, antes de la batalla, prevé que va a vencer, obtendrá mucho de lo previsto, y el que considera que no va a vencer, obtendrá poco de lo previsto. Y si quien considera que va a obtener mucho vence y quien considera que va a obtener poco no vence, ¡ay del estratega que ni hace estas consideraciones!

Haciendo todas estas consideraciones, se puede ver quién va a vencer y quién va a perder.

---

1 Esta afirmación debió ser de suma importancia para la justificación de que un libro así se escribiera en la China antigua. En la obra histórica *Los comentarios de Zuo*, ya citada en numerosas ocasiones en el estudio introductorio, aparece este sintagma refiriéndose a lo que es obligatorio hacer por un reino. De este modo, nuestro libro intenta justificarse como obligatorio, como necesario, y, a la vez, como un libro que debe ser aceptado –a pesar de tratar de la guerra– como beneficioso. Uno de esos servicios fundamentales eran las ofrendas religiosas a los Ancestros; el otro, la guerra. Y ambos eran obligación y privilegio de los nobles. Gobernar bien consistía, dicho *grosso modo*, en hacer bien dichos dos servicios al reino. Véase Mark E. Lewis, *Sanctioned Violence in Early China,* SUNY Press, N. York, 1990, pp. 17-28.

Esta afirmación debió ser de suma importancia para la justificación de que un libro así se escribiera en la China antigua. En la obra histórica *Los comentarios de Zuo*, ya citada en numerosas ocasiones en el estudio introductorio, aparece este sintagma refiriéndose a lo que es obligatorio hacer por un reino. De este modo, nuestro libro intenta justificarse como obligatorio, como necesario, y, a la vez, como un libro que debe ser aceptado –a pesar de tratar de la guerra– como beneficioso. Uno de esos servicios fundamentales eran las ofrendas religiosas a los Ancestros; el otro, la guerra. Y ambos eran obligación y privilegio de los nobles. Gobernar bien consistía, dicho *grosso modo*, en hacer bien dichos dos servicios al reino. Véase Mark E. Lewis, *Sanctioned Violence in Early China,* SUNY Press, N. York, 1990, pp. 17-28.

La guerra es un gran servicio para el reino[1], es el terreno donde se decide si muere o vive, el camino que lo lleva a la desaparición o a la pervivencia; de ahí que sea forzoso examinarla. Tal examen, que se funda en la consideración de los cinco aspectos siguientes, por una parte, y en la comparación de los distintos puntos de partida de cada contendiente, por la otra, lleva a conocer bien la situación.

Capítulo 2

En la batalla

Dijo el maestro Sun:

He aquí cómo hacer la guerra.

Primero, hay que preparar mil carros de combate ligeros y otros mil pesados, cien mil soldados de infantería con cotas de malla, y también lo que sea necesario para el transporte de alimentos a miles de leguas de distancia. Todo ello acarreará gastos dentro y fuera del reino, a saber, todo lo que se necesita para invitados y emisarios, materiales como la laca y la cola[1], todo lo que precisan la infantería y la caballería, y un fondo para gastos por día de mil monedas de oro. Sólo tras haber preparado todo lo dicho se tiene formado realmente un ejército de cien mil soldados.

En la batalla, debe obtenerse una victoria rápida, o, de lo contrario, las armas se irán desgastando y la fuerza se les irá yendo a los que estén asediando una plaza. Si la guerra dura mucho, los recursos del reino resultarán insuficientes. Y si tal cosa sucediera (armas desgastadas, fuerzas idas, recursos insuficientes), los duques y los condes aprovecharían la coyuntura para levantarse y entonces, ay, ni un gran sabio sería capaz de enderezar la situación. Hasta un necio sabe que la guerra ha de ser rápida. Nadie inteligente la querría larga. ¿Una guerra beneficiosa para un reino y de larga duración? Jamás ha existido tal cosa. Quien no conoce a fondo lo que trae la guerra de perjudicial, no conoce a fondo tampoco lo que trae de beneficioso.

Quien sabe hacer la guerra, no hace varios reclutamientos de tropa, ni varios envíos de provisiones, sino que lleva de su propio reino lo que necesite usar su ejército y toma las provisiones del reino enemigo; haciendo así las cosas se consigue tener bien abastecido al ejército.

Tener que abastecer a un ejército que se encuentre lejos empobrece al reino y, en consecuencia, al pueblo llano campesino. Y tener cerca a un ejército encarece los precios de

las cosas y, en consecuencia, al tener que comprar pagando más caro, se empobrece también el pueblo llano, que entra en un estado de alteración por los impuestos militares. Se quedan los soldados sin fuerzas y el reino sin recursos y las familias sin nada. El pueblo llano habrá perdido entonces siete décimas partes de lo suyo y el erario público seis décimas partes al perder carros, caballos, cotas de malla, cascos, arcos, flechas, lanzas, escudos grandes y pequeños, bueyes de tiro y carros grandes de combate. Conviene, pues, esforzarse por arrebatar la comida al enemigo. Un solo cuenco de comida, pero arrebatado al enemigo, vale por veinte cuencos de nuestra propia comida. Una paca de forraje, pero tomada al enemigo, vale por una veintena de las nuestras.

Dado que es la ira lo que lleva a matar enemigos y las recompensas lo que conduce a apoderarse de sus cosas, cuando se esté en una batalla con carros de combate hay que premiar al primero que se apodere de más de diez carros enemigos. A los carros capturados, hay que cambiarles los estandartes y mezclarlos con nuestros propios carros, y hay que ocuparlos y servirse de ellos. A sus ocupantes capturados, hay que tratarlos bien, hay que alimentarlos. A esto llamamos «vencer enemigos y cobrar fortaleza al mismo tiempo».

En suma, en la batalla hay que procurar la victoria, no la larga duración. Un general que sepa hacer la guerra es señor de la vida de su pueblo, es pilar sobre el que descansan la paz y la seguridad de su reino.

---

1 Para reparar armamento.

Para reparar armamento.

Primero, hay que preparar mil carros de combate ligeros y otros mil pesados, cien mil soldados de infantería con cotas de malla, y también lo que sea necesario para el transporte de alimentos a miles de leguas de distancia. Todo ello acarreará gastos dentro y fuera del reino, a saber, todo lo que se necesita para invitados y emisarios, materiales como la laca y la cola1, todo lo que precisan la infantería y la caballería, y un fondo

para gastos por día de mil monedas de oro. Sólo tras haber preparado todo lo dicho se tiene formado realmente un ejército de cien mil soldados.

Capítulo 3

El ataque planeado

Dijo el maestro Sun:

He aquí cómo se hace la guerra.

Es mejor obtener un reino en buen estado antes que deteriorado; un ejército en buen estado antes que deteriorado; un batallón en buen estado antes que deteriorado; un pelotón en buen estado antes que deteriorado.

Lo mejor de lo mejor no consiste en ganar cien batallas de cada cien; lo mejor de lo mejor consiste en vencer al enemigo sin luchar. Y, para ello, lo mejor es atacar al enemigo en sus planes; lo segundo mejor, atacarle en sus alianzas; lo tercero mejor, atacarle en su ejército; lo cuarto, asediarle en la ciudad. Asediar ciudades es lo último, porque requiere dedicar varios meses a la construcción de estructuras protectoras y máquinas de asalto y a la fabricación de armas apropiadas, y otros tantos meses para preparar las rampas de tierra para el asalto; y, también, porque pone nerviosos a los generales, quienes terminan lanzando la tropa contra las murallas como si fueran hormigas, perdiendo un tercio de los hombres y dejando la ciudad sin tomar. Tales asedios solo comportan desastres.

El que sabe hacer la guerra, vence al enemigo sin luchar, conquista ciudades sin batallar y debela reinos sin alargar las operaciones. Se apodera de todo lo que existe bajo el cielo, porque tiene una estrategia completa, gracias a la que su ejército no sufre fatiga y se obtienen grandes beneficios materiales. Quien así obra, sigue lo que llamamos “la táctica del ataque planeado”.

En la batalla, si superamos al enemigo diez a uno, lo mejor es rodearle; si es cinco a uno, atacarle; si es dos a uno, dividirle, y, en fin, si es uno a uno, entrar en lucha con él[1], ya que, por muy tenaz que sea, el pequeño siempre termina capturado por el grande.

El general es el eje del reino. Si el eje es grueso, el reino será

fuerte. Si el eje es delgado, el reino será débil.

El señor del reino puede suponer un entorpecimiento para su propio ejército en los tres casos siguientes. Primero, cuando le “hace tropezar”, queremos decir: cuando le ordena avanzar ignorando que no debería avanzar o retroceder ignorando que no debería retroceder. Segundo, cuando dirige los Tres Ejércitos[2] sin conocer bien sus cosas, provocando así descontento tanto en la tropa como en los mandos. Y, tercero, cuando los manda sin conocer bien el mando de los Tres Ejércitos, provocando así desconfianza en tropa y mandos. Y tal situación de descontento y desconfianza en los Tres Ejércitos da pie a los duques y condes a rebelarse; se llega así a una situación que describiría en estos términos: «hay desorden en el ejército y la victoria se nos va».

Para saber si se vencerá, hay que fijarse en estos cinco aspectos: saber si conviene entrar en batalla o no; saber si conviene utilizar una tropa grande o pequeña; saber si tanto los superiores como los subordinados tienen un mismo deseo; si, estando preparado, esperas a un ejército que no lo está, y, en fin, si los generales están bien capacitados y no tienen impedimentos por parte de los señores de los reinos. En estos cinco puntos radica cómo saber quién vencerá.

Por ello digo: quien conoce al enemigo y a sí mismo no corre peligro ni en una batalla de cada cien. Quien no conoce al enemigo, pero se conoce a sí mismo, vencerá una batalla y perderá otra. Quien ni conoce al enemigo ni se conoce a sí mismo, sin duda correrá peligro en toda batalla.

---

1 El general Cao Cao aclara: «desde una posición elevada».

2 El ejército se dividía en tres secciones, la del Centro, la de la Derecha y la de la Izquierda, durante la dinastía Zhou.

El señor del reino puede suponer un entorpecimiento para su propio ejército en los tres casos siguientes. Primero, cuando le “hace tropezar”, queremos decir: cuando le ordena avanzar

ignorando que no debería avanzar o retroceder ignorando que no debería retroceder. Segundo, cuando dirige los Tres Ejércitos[2] sin conocer bien sus cosas, provocando así descontento tanto en la tropa como en los mandos. Y, tercero, cuando los manda sin conocer bien el mando de los Tres Ejércitos, provocando así desconfianza en tropa y mandos. Y tal situación de descontento y desconfianza en los Tres Ejércitos da pie a los duques y condes a rebelarse; se llega así a una situación que describiría en estos términos: «hay desorden en el ejército y la victoria se nos va».

El ejército se dividía en tres secciones, la del Centro, la de la Derecha y la de la Izquierda, durante la dinastía Zhou.

El general Cao Cao aclara: «desde una posición elevada».

En la batalla, si superamos al enemigo diez a uno, lo mejor es rodearle; si es cinco a uno, atacarle; si es dos a uno, dividirle, y, en fin, si es uno a uno, entrar en lucha con él[1], ya que, por muy tenaz que sea, el pequeño siempre termina capturado por el grande.

Capítulo 4

La forma

Dijo el maestro Sun:

En la Antigüedad, un buen estratega empezaba por hacerse invencible y, luego, esperaba a que el enemigo se hiciera vencible.

Ya que la invencibilidad está en uno mismo y la vencibilidad está en el enemigo, un buen estratega podría hacerse invencible, pero no hacer que el enemigo se vuelva vencible sin remisión. La vencibilidad se puede prever, pero no controlar.

Ante uno invencible, conviene una actitud defensiva, pero, ante uno vencible, una agresiva. La defensiva es para cuando estamos escasos y la ofensiva para cuando estamos sobrados. Alguien que sabe defenderse bien es capaz de esconderse por debajo del noveno infierno; alguien que sabe atacar bien es capaz de desplazarse por encima del noveno cielo. He ahí cómo se logra ya una buena defensa, ya una victoria total.

Lo mejor de lo mejor no consiste en ver la victoria cuando es evidente para todo el mundo, ni tampoco consiste en ganar una batalla entre vítores generalizados de «¡bravo!», pues poca fuerza se necesita para levantar una hoja seca del otoño, poca visión para contemplar el Sol y la Luna y poco oído para percibir el retumbar de los truenos. Por el contrario, en la Antigüedad buen estratega era aquel que vencía las batallas fácilmente; aquel cuyas victorias, fácilmente luchadas y logradas, no le reportaban ni gran fama de inteligente ni grandes honores por valiente; aquel cuyas victorias carecían de todo fallo, es decir, aquel que hacía las cosas de tal modo que sólo podían desembocar en victoria. Se trataba así de una victoria sobre un enemigo ya derrotado de antemano.

De ahí que el que sabe hacer bien la guerra es aquel que toma posiciones en un sitio invencible, por un lado, y, por otro, no deja que se le escape la victoria sobre el enemigo. De alguien así se diría que su ejército vence primero para luchar

después, mientras que de su enemigo se diría que lucha primero para buscar la victoria después.

El buen estratega sigue este camino y sigue las normas, pues es así como logra controlar quién gana y quién pierde. Tal camino consiste en los siguientes cinco pasos: medir, sopesar, calcular, comparar y vencer.

La medición parte del terreno, luego se sopesan las mediciones, los cálculos se hacen sobre lo sopesado, los cálculos permiten las comparaciones posteriores, y las comparaciones llevan a la victoria.

Si tuviéramos que comparar un ejército vencedor con uno perdedor, diríamos que es como una arroba de trigo en un platillo de la balanza frente a un solo grano en el otro, y viceversa: un ejército perdedor es comparable a uno vencedor como un grano de trigo puesto en un platillo de la balanza cuando en el otro hay una arroba de trigo; así también es la embestida de un ejército vencedor, que parece la implosión en una hoz entre montañas de una gran tromba de agua. Eso es LA FORMA.

Capítulo 5

La fuerza

Dijo el maestro Sun:

Mandar sobre muchos es como mandar sobre pocos, basta con hacer grupos más pequeños. Luchar con muchos es como luchar con pocos, basta con tener buenas señales y órdenes[1].

Así como conseguir que la embestida del ejército sea como la de una piedra contra un huevo depende de "lo lleno" y "lo vacío"[2], evitar la derrota de los muchos que componen los Tres Ejércitos depende de cómo empleemos "lo convencional" y "lo no convencional": en la batalla, lo convencional lleva al choque, y lo no convencional, a la victoria.

En manos del que sabe, lo no convencional es interminable como interminable es la existencia del Cielo y la Tierra; es inagotable como las aguas del río Amarillo y del río Azul; cuando parece finalizar, recomienza, como el Sol y la Luna, y cuando parece perecer, renace, como cada una de las cuatro estaciones del año. Es como las notas, que, siendo solamente cinco[3], al ser combinadas resultan más de las que jamás se podrían escuchar, o como los colores, que, siendo también solamente cinco, al ser combinados resultan más de los que jamás se podrían contemplar; o como los sabores, que, siendo también solamente cinco, al ser combinados resultan más de los que se podrían degustar. Así también la fuerza militar, aun estando compuesta sólo por dos elementos, lo convencional y lo no convencional, al ser estos combinados proporcionan más opciones de las que se podrían llegar a emplear, porque, ¿podríamos agotar sus combinaciones cuando lo convencional engendra lo no convencional y viceversa, como si de una bola donde no hay punto de inicio ni de fin se tratase?

Gracias a su rapidez, un torrente es capaz de alzar piedras en suspensión: a esto llamamos la fuerza. Por su parte, gracias también a su rapidez, un ave rapaz es capaz de partir su presa en dos: a esto llamamos la elección del buen momento. En el

que sabe hacer la guerra, la fuerza es peligrosa, y el buen momento, breve. La fuerza es como tensar una ballesta; el buen momento, como soltar el disparo.

Entre banderas y estandartes no puede permitirse el desorden si se lucha con desorden; entre confusión y caos, la forma debe mantenerse redonda o perderemos la batalla.

El orden es tal que puede transformarse en desorden, el valor en cobardía y la fortaleza en debilidad. Porque el orden y el desorden dependen de los grupos pequeños en que hayamos dividido la tropa; el valor y la cobardía dependen de la fuerza, y la debilidad y la fortaleza dependen de la forma[4].

El que sabe desplazar al enemigo, le da, al hacerlo, una forma tal que el enemigo se ve incapaz de no adoptarla, y le ofrece unos regalos de tal modo que no puede no ir a hacerse con ellos; es decir, que lo va desplazando con beneficios materiales mientras él se queda esperando con la infantería, a cubierto.

El que sabe hacer la guerra se procura la fuerza, no se apoya en individuos. Ciertamente elige individuos, pero es en la fuerza en lo que se apoya. Porque el que se apoya en la fuerza tiene individuos que, cuando hacen la guerra, se parecen a bloques de madera o de piedra cuando alguien los quiere hacer rodar: si están a salvo, se quedan quietos; si en peligro, se mueven; si son cuadrados, parados; si son redondos, ruedan. Pero la fuerza de aquel que sabe hacer la guerra se parece a la de las rocas redondas cuando caen rodando por la ladera de un monte que mide miles de leguas de alto; a eso llamamos LA FUERZA.

---

1 Para comunicarse.

2 Lo que está lleno (la piedra) y es sólido y compacto vence a lo vacío (el huevo), que es menos sólido y frágil. A estos dos conceptos se dedica el capítulo siguiente.

3 En la época, se seguía un esquema de pensamiento que organizaba el universo en bloques de cinco elementos, aunque en realidad hubiera en el mundo muchos más elementos de esa clase. Así, cinco eran los sabores de todas las cosas degustables del mundo, cinco eran las vísceras del cuerpo humano, cinco los sentimientos de los hombres a lo largo de toda su

existencia, y así sucesivamente.

4 Recuérdese el capítulo 4, dedicado al concepto de «la forma».

El orden es tal que puede transformarse en desorden, el valor en cobardía y la fortaleza en debilidad. Porque el orden y el desorden dependen de los grupos pequeños en que hayamos dividido la tropa; el valor y la cobardía dependen de la fuerza, y la debilidad y la fortaleza dependen de la forma4.

Para comunicarse.

Lo que está lleno (la piedra) y es sólido y compacto vence a lo vacío (el huevo), que es menos sólido y frágil. A estos dos conceptos se dedica el capítulo siguiente.

En la época, se seguía un esquema de pensamiento que organizaba el universo en bloques de cinco elementos, aunque en realidad hubiera en el mundo muchos más elementos de esa clase. Así, cinco eran los sabores de todas las cosas degustables del mundo, cinco eran las vísceras del cuerpo humano, cinco los sentimientos de los hombres a lo largo de toda su existencia, y así sucesivamente.

Recuérdese el capítulo 4, dedicado al concepto de «la forma».

En manos del que sabe, lo no convencional es interminable como interminable es la existencia del Cielo y la Tierra; es inagotable como las aguas del río Amarillo y del río Azul; cuando parece finalizar, recomienza, como el Sol y la Luna, y cuando parece perecer, renace, como cada una de las cuatro estaciones del año. Es como las notas, que, siendo solamente cinco3, al ser combinadas resultan más de las que jamás se podrían escuchar, o como los colores, que, siendo también solamente cinco, al ser combinados resultan más de los que jamás se podrían contemplar; o como los sabores, que, siendo también solamente cinco, al ser combinados resultan más de los que se podrían degustar. Así también la fuerza militar, aun estando compuesta sólo por dos elementos, lo convencional y lo no convencional, al ser estos combinados proporcionan más opciones de las que se podrían llegar a emplear, porque, ¿podríamos agotar sus combinaciones cuando lo convencional engendra lo no convencional y viceversa, como si de una bola donde no hay punto de inicio ni de fin se tratase?

Así como conseguir que la embestida del ejército sea como la de una piedra contra un huevo depende de “lo lleno” y “lo vacío”2, evitar la derrota de los muchos que componen los Tres Ejércitos depende de cómo empleemos “lo convencional” y “lo no convencional”: en la batalla, lo convencional lleva al choque, y lo no convencional, a la victoria.

Mandar sobre muchos es como mandar sobre pocos, basta con hacer grupos más pequeños. Luchar con muchos es como luchar con pocos, basta con tener buenas señales y órdenes1.

Capítulo 6

Lo vacío y lo lleno

Dijo el maestro Sun:

Hay que llegar los primeros al campo de batalla y tomar pronto posiciones para esperar descansados al enemigo, porque quien toma posiciones después ha de apresurarse hacia la batalla y estará cansado.

El que sabe hacer la guerra es capaz de conducir a su antojo al otro sin ser conducido por éste; de usar beneficios materiales para tentar al enemigo y hacer que se desplace a cierto sitio, y de atemorizarle de algún modo y que no se desplace a cierto lugar.

Es capaz, también, de cansar al enemigo si estaba descansado, de provocarle hambre si estaba ahíto y de desasosegarle si estaba sereno.

Aparece allí donde tenga que ir el otro a toda prisa y va a toda prisa allí donde nadie prevé que aparecerá. Para llevar a su ejército a miles de leguas sin fatigarlo, lo conduce por zonas despobladas. Logra la victoria en todos sus ataques, pues ataca donde el enemigo no tiene defensa. Y evita que sus propias defensas se vean rotas, pues sabe que en tales defensas no atacará el enemigo.

El que sabe atacar, ataca allí donde el enemigo no sabrá cómo defenderse, y el que sabe defender, defiende sabiendo dónde el enemigo no sabrá atacar. ¡Oh, qué sutil, qué sutil es quien así hace, tanto que parece no tener forma visible! ¡Oh, qué misterioso, qué misterioso es quien así obra, tanto como quien jamás hace un solo ruido! Sólo así logra ser el dueño y señor de las vidas enemigas. Jamás es repelido cuando ataca, porque se lanza contra lo vacío del enemigo; jamás es alcanzado cuando retrocede, porque es en su velocidad inalcanzable.

Cuando queramos entrar en batalla, aunque esté el enemigo en una posición favorable, en alto y rodeado de terraplenes, lo forzaremos a luchar lanzándonos allí donde no tenga más

remedio que acudir al rescate. Y, al contrario, cuando no queramos entrar en batalla, una simple línea defensiva consistente en una raya dibujada en el suelo nos defenderá si forzamos al enemigo a no entrar en batalla obstruyéndole las vías y caminos[1]. Es así como se da forma visible al enemigo mientras nos mantenemos nosotros sin forma, como nos mantendremos unidos mientras le dejamos a él dividido. Y, si nosotros somos uno unido, mientras que el enemigo es diez divididos, es como si nosotros fuésemos diez contra uno, siendo así nosotros muchos y el enemigo pocos. Y quien con muchos golpea a pocos, los diezmará.

No hay que dejar que se sepa el lugar donde vamos a dar la batalla. Al no saberse, el enemigo deberá prepararse por muchos lugares, y, al hacerlo en tantos, tendrá poca tropa en cualquiera de los sitios donde podríamos dar la batalla: si se preparó delante, pocos tendrá detrás, y viceversa; si se preparó por la izquierda, pocos tendrá por la derecha, y viceversa, y si se preparó por todas partes, en todas partes tendrá pocos. En consecuencia, tiene pocos hombres quien tiene que prepararlos, y tiene muchos hombres quien ha hecho que el enemigo tenga que prepararlos.

Si uno sabe el sitio y la fecha donde se dará la batalla, luchará bien aunque haya tenido que desplazarse miles de leguas. Pero si uno desconoce el dónde y el cuándo, le será imposible socorrer a los de la izquierda con los de la derecha, a los de la derecha con los de la izquierda, a los de delante con los de detrás, a los de detrás con los de delante, a los que estén a unas pocas leguas de distancia, y mucho peor aún será para socorrer a los que se hallen a unas decenas de leguas.

Según mis estimaciones, el reino de Yue tiene un ejército de muchos hombres, pero ¿le sirve de algo?, ¿es eso lo que decidirá su victoria o su derrota? No. Yo sostengo que la victoria es algo que uno mismo puede inducir, pues de uno depende que no se dé la batalla aunque se tenga un ejército enorme; que se tracen las estratagemas de modo que nos permitan descubrir los puntos fuertes y flacos del otro; que se le agite de manera que descubramos la lógica que sigue en sus desplazamientos; que se desvele su forma y sepamos sobre el

terreno si va camino de la vida o de la muerte, y que se le pique hasta que descubramos dónde está escaso o bien abastecido.

La perfección de un ejército en cuanto a la forma consiste en no tener forma. Al no tener forma, se consigue que los espías más profundamente infiltrados no vean nada y que los más sabios no puedan trazar sus estrategias. Pero es la forma lo que da una victoria total sobre un enorme ejército sin que éste llegue a comprender cómo; dicha gran cantidad de hombres podrá llegar a saber con qué forma hemos logrado la victoria, pero no cómo hemos controlado la forma que nos ha llevado a la victoria. Pero, sea como fuere, no conviene repetir las batallas ganadas; la forma es infinitamente adaptable a cada caso.

La forma de un ejército es como el agua. Como la forma del agua consiste en alejarse de lo alto y bajar precipitadamente, así la forma de las tropas consiste en alejarse de "lo lleno" y golpear en "lo vacío". Como el agua se vale del terreno para fluir, así deben usar las tropas al enemigo para vencer. Igual que el agua carece de una forma permanente, el ejército carece de una fuerza permanente[2], y precisamente se logra la victoria por tener la capacidad de cambiar; a la cual cabe calificar de "misteriosa": cambia como cualquiera de las Cinco Fases[3], pues ninguna vence a las demás de modo permanente; como cualquiera de las estaciones del año, ya que ninguna se queda siempre; como cualquier día, pues los días se alargan y acortan, y como cualquier luna, que siempre está creciendo y decreciendo.

---

1 Seguimos la lectura del general Cao Cao.

2 Recuérdese el capítulo anterior sobre el concepto de «la fuerza».

3 Las Cinco Fases son la Madera, el Fuego, la Tierra, el Metal y el Agua. En la filosofía china clásica, se consideraba que en la vida de todo lo existente se podían distinguir estas cinco fases, de modo que la primera desembocaba en la segunda, y así sucesivamente, hasta llegar a la última, que, a su vez, desembocaba en la primera, indefinidamente. De ahí que todo el universo estuviera en permanente cambio y transformación. Un estado era siempre provisional, pues desembocaría tarde o temprano en el siguiente estado o fase.

La forma de un ejército es como el agua. Como la forma del agua consiste en alejarse de lo alto y bajar precipitadamente, así la forma de las tropas consiste en alejarse de “lo lleno” y golpear en “lo vacío”. Como el agua se vale del terreno para fluir, así deben usar las tropas al enemigo para vencer. Igual que el agua carece de una forma permanente, el ejército carece de una fuerza permanente[2], y precisamente se logra la victoria por tener la capacidad de cambiar; a la cual cabe calificar de “misteriosa”: cambia como cualquiera de las Cinco Fases[3], pues ninguna vence a las demás de modo permanente; como cualquiera de las estaciones del año, ya que ninguna se queda siempre; como cualquier día, pues los días se alargan y acortan, y como cualquier luna, que siempre está creciendo y decreciendo.

Seguimos la lectura del general Cao Cao.

Recuérdese el capítulo anterior sobre el concepto de «la fuerza».

La forma de un ejército es como el agua. Como la forma del agua consiste en alejarse de lo alto y bajar precipitadamente, así la forma de las tropas consiste en alejarse de “lo lleno” y golpear en “lo vacío”. Como el agua se vale del terreno para fluir, así deben usar las tropas al enemigo para vencer. Igual que el agua carece de una forma permanente, el ejército carece de una fuerza permanente[2], y precisamente se logra la victoria por tener la capacidad de cambiar; a la cual cabe calificar de “misteriosa”: cambia como cualquiera de las Cinco Fases[3], pues ninguna vence a las demás de modo permanente; como cualquiera de las estaciones del año, ya que ninguna se queda siempre; como cualquier día, pues los días se alargan y acortan, y como cualquier luna, que siempre está creciendo y decreciendo.

Las Cinco Fases son la Madera, el Fuego, la Tierra, el Metal y el Agua. En la filosofía china clásica, se consideraba que en la vida de todo lo existente se podían distinguir estas cinco fases, de modo que la primera desembocaba en la segunda, y así sucesivamente, hasta llegar a la última, que, a su vez, desembocaba en la primera, indefinidamente. De ahí que todo el universo estuviera en permanente cambio y transformación. Un estado era siempre provisional, pues desembocaría tarde o temprano en el siguiente estado o fase.

Cuando queramos entrar en batalla, aunque esté el enemigo

en una posición favorable, en alto y rodeado de terraplenes, lo forzaremos a luchar lanzándonos allí donde no tenga más remedio que acudir al rescate. Y, al contrario, cuando no queramos entrar en batalla, una simple línea defensiva consistente en una raya dibujada en el suelo nos defenderá si forzamos al enemigo a no entrar en batalla obstruyéndole las vías y caminos[1]. Es así como se da forma visible al enemigo mientras nos mantenemos nosotros sin forma, como nos mantendremos unidos mientras le dejamos a él dividido. Y, si nosotros somos uno unido, mientras que el enemigo es diez divididos, es como si nosotros fuésemos diez contra uno, siendo así nosotros muchos y el enemigo pocos. Y quien con muchos golpea a pocos, los diezmará.

Capítulo 7

La lucha armada

Dijo el maestro Sun:

En la guerra, los generales reciben las órdenes de los señores, y luego deben juntar los ejércitos, reunir las tropas, hacer que éstas se acoplen bien y acampar; pero lo más difícil es la lucha armada. Y lo difícil de la lucha armada estriba en "poner recto lo curvo" y en "sacar beneficio de lo dañino".

Para "poner recto lo curvo", conviene tomar caminos que den rodeos y, a la vez, tentar al enemigo con beneficios de tal modo que lleguemos antes aunque hayamos salido después.

La lucha armada reporta beneficios, pero también peligros. El que lanza a todo un ejército a la lucha para conseguir beneficios, jamás los logrará. Tampoco quien sólo lanza sus unidades más veloces, pues tendrán que dejar impedimenta y vituallas atrás; y el que conduzca al ejército a toda marcha, las cotas de malla recogidas, sin descansos ni de día ni de noche, recorriendo el doble de distancia de lo normal, así cien leguas, y entonces lo lance a luchar en busca de beneficios materiales, verá cómo los generales de sus Tres Ejércitos caen en manos enemigas; además, sólo llegarán a destino la décima parte de tus hombres, yendo los más fuertes delante y quedándose atrás los que se vayan debilitando. El que, en lugar de cien leguas, recorra así cincuenta y entonces lo lance a la lucha armada por beneficios materiales, verá cómo su general en vanguardia es derrotado y sólo llega a destino la mitad de sus hombres. Y, en fin, el que recorra así treinta leguas y entonces lo lance a la lucha armada sólo por beneficios materiales, sólo verá llegar a destino dos tercios de su tropa. Porque perdido está un ejército sin la impedimenta, perdido está sin las vituallas, perdido está sin las reservas.

Conviene saber qué planes hacen los duques y condes para poder establecer alianzas. Y también conocer la topografía, los montes y los bosques, los pasos peligrosos y los obstáculos, los ríos y los pantanos para poder desplazar las tropas.

Igualmente, conviene servirse de los guías locales para poder aprovechar las ventajas que tengan esas tierras.

Utiliza el amago, y sólo cuando vayas a obtener algún beneficio desplaza las tropas, y hazlas cambiar: tenlas unas veces unidas y separadas otras; veloces como el viento o serenas como los bosques; arrolladoras como un incendio o inmóviles como un monte; inescrutables como la noche o súbitas como el relámpago y el trueno.

Cuando pilles aldeas, divide las tropas, y cuando conquistes tierras, reparte los beneficios materiales obtenidos tras haber hecho estimaciones y cálculos.

En suma: el correcto modo de llevar a cabo la lucha armada y de vencer consiste adelantarte al enemigo en tus planes para "poner recto lo curvo".

Dice *Metodología militar*: «ya que a veces no se escuchan las voces, conviene usar gongs y tambores; ya que a veces no se ve lo que hay que ver, conviene emplear estandartes y banderas». De estas líneas se deduce que el método correcto para dirigir la tropa consiste en emplear los gongs y los tambores, los estandartes y las banderas, porque así se consigue que las tropas sean como un solo hombre con dos ojos y dos oídos y porque, cuando se dé tal unidad, ni sólo los valientes avanzan ni sólo los cobardes se quedan atrás. En la lucha nocturna, conviene emplear muchos tambores y muchas señales de fuego, y en la diurna, muchas banderas y estandartes, pues es así como los ojos y los oídos percibirán los cambios que se ordenan.

Corre un ejército el riesgo de perder su vigor; un general, el de perder su corazón. En cuanto al correcto método de manipular el vigor, y teniendo en cuenta que el vigor está afilado por la mañana, flojea a mediodía y desaparece por la noche, el buen estratega evitará el afilado vigor del enemigo y atacará cuando haya desaparecido.

En cuanto a cómo manipular el corazón, conviene saber que lo logra el general que espera en orden la llegada del desorden, quien espera en sosiego la llegada del desasosiego.

En cuanto a cómo manipular el vigor, conviene saber que lo consigue quien llega desde cerca y espera a los que llegan

desde lejos, quien espera descansado a los que llegan fatigados, quien espera bien alimentado a los que llegan débiles.

En cuanto a cómo manipular los cambios en la lucha, conviene saber que lo consigue quien no se enfrenta a un enemigo que viene con las banderas en perfecto orden y quien no ataca a un enemigo en una perfecta formación.

He aquí el arte de la guerra: no subir a una colina elevada; no ir contra un enemigo que tenga una colina a sus espaldas; no perseguir a un enemigo que finge retirada; no entrar en batalla contra tropas enardecidas; no tragarse ningún anzuelo del enemigo; no impedir la vuelta a casa de ningún ejército; dejar siempre una escapatoria a un ejército rodeado y no aprisionar a un ejército desesperado.

Capítulo 8

Los nueve cambios

Dijo el maestro Sun:

En la guerra, los generales reciben las órdenes de los señores, y luego deben juntar los ejércitos, reunir las tropas, no acampar si el territorio es dificultoso, juntarse con aliados en cruces de caminos, no quedarse si el territorio es extremado, preparar estratagemas si se está en un territorio rodeado y lanzarse a la batalla si se está en un territorio de muerte.

Así como hay caminos que no se deben tomar, hay ejércitos que no se deben atacar, territorios en los que no se debe trabar la lucha armada y órdenes de los señores que no se deben obedecer.

El general que comprenda a fondo lo bueno de los "nueve cambios" dirigirá bien a su ejército. Pero al general que no lo comprenda, de nada le servirá conocer bien el terreno. Igualmente, el general que desconozca el arte de usar los "nueve cambios" en la guerra, jamás dirigirá bien a los hombres, aunque conozca bien los "cinco beneficios".

Al hacer sus estimaciones, el sabio mira tanto los beneficios como los daños. Evaluar beneficios le permitirá llevar a cabo sus planes con seguridad; evaluar daños le permitirá evitar desgracias.

A los duques y condes conviene mantenerlos a raya con algo perjudicial para ellos, tenerlos ocupados con tareas varias y motivarlos con beneficios materiales.

Al hacer la guerra, no conviene pensar que el enemigo no va a aparecer, sino prepararse siempre para su llegada; no conviene pensar que no se va a luchar, sino prepararse siempre para ser invencibles en la lucha.

Con los generales se corren cinco riesgos: que mueran por lanzarse hacia la muerte; que se acobarden por lanzarse hacia la vida; que se encolericen por provocaciones; que se ofendan por insultos y que se enternezcan por amor a su pueblo. Todos constituyen errores en el general y desastres en la guerra. Sin

duda, constituyen también la causa de que un ejército caiga vencido o un general caiga muerto. Por lo tanto, es inexcusable su estudio y consideración.

Capítulo 9

El desplazamiento de las tropas

Dijo el maestro Sun:

Trataremos a continuación de cómo llevar y situar bien nuestro ejército frente al enemigo.

He aquí cómo situar las tropas en las montañas: hay que cruzar los montes y quedarse en los valles, ponerse de cara al sol en alguna posición elevada, no luchar al tiempo que se va ascendiendo.

He aquí cómo situar las tropas con respecto al agua: si cruzamos un río, hay que alejarse de él. Si es el enemigo quien lo está cruzando hacia ti, no hay que ir contra él en el agua sino dejar que la mitad de su tropa haya desembarcado para, entonces, atacar: así será mejor. Si somos nosotros quienes deseamos la lucha, no hay que ir contra el enemigo estando al borde del agua. Hay que colocarse en una posición elevada y cara al sol, y no ir contra la corriente del río.

He aquí cómo situar las tropas en zonas pantanosas: al atravesar dichas zonas pantanosas, hay que hacerlo rápidamente y salir de ellas. En el caso de tener lucha armada en medio de una de dichas zonas, hay que colocarse cerca de donde haya agua y hierba, evitando quedarse con un gran bosque detrás.

He aquí cómo situar las tropas en planicies secas: en las planicies secas, resulta fácil situar al ejército, basta con dejar atrás a la derecha los lugares elevados, y colocarse con la muerte de cara y la vida atrás.

Lo bueno de estos cuatro puntos militares sirvió al Emperador Amarillo para vencer a los cuatro ejércitos de los otros cuatro emperadores[1].

El ejército gusta de sitios altos y detesta los bajos, estima la luz y detesta la oscuridad, cuida bien de su salud y se coloca en sitios sin riesgo; y así no es presa de enfermedades y puede hacer honor al calificativo de “siempre victorioso”.

Si se van a levantar defensas de tierra en zonas altas, hay

que hacerlo en lugares con sol y luz y con dicha elevación a nuestra derecha y atrás, porque así sacará nuestro ejército mejor partido al terreno.

Si llueve río arriba y llegan las aguas altas, hay que esperar a que bajen y luego cruzar.

De terrenos donde abunden las aguas rápidas, pozas, piscinas, zonas con algas, lodazales o gargantas, hay que irse rápido. O hay que, sin tenerlos nosotros cerca, conseguir que el enemigo sí los tenga, y quedándonos de frente a dichos terrenos, hacer que el enemigo tenga contra ellos sus espaldas.

Al desplazar las tropas, habrá pasos y obstáculos de riesgo, lagunas llenas de hierbas y carrizos, bosques de montaña y apretada vegetación; hay que explorar todos estos sitios muy cuidadosamente, ya que es en ellos donde se apostan y emboscan los malvados.

Si el enemigo se halla cerca e inmóvil, es que cree estar en una posición fuera de peligro. Si se halla lejos a la vez que buscando trabar batalla, es que nos está tentando. Si se mueven muchos árboles, es porque viene. Si hay pantallas hechas de muchas plantas, es que nos quiere despistar. Si las aves levantan vuelo, es que está emboscado. Si los cuadrúpedos huyen, es porque prepara un ataque sorpresa.

Si hay nubes de polvo altas y puntiagudas, es que vienen carros. Si las hay bajas y anchas, es que viene la infantería. Si las hay dispersas y en tiras alargadas, es que está el enemigo recogiendo leña. Si el polvo es escaso y viene hacia nosotros, es porque el ejército enemigo está vivaqueando.

Si viene diciendo humildes palabras a la vez que se apresura en preparativos, es que va a entrar en el campo de batalla. Si las palabras son duras y a la vez entran con las tropas, es que va a retroceder. Si aparecen los carros ligeros a la vanguardia y por los laterales, es que tienen una buena formación. Si no menciona el enemigo un acuerdo de paz, es que algo está tramando. Si sus soldados corren y ocupan sus puestos en los carros de combate, es porque ha llegado el momento. Si entra la mitad de su tropa, quedándose sin entrar la otra mitad, es porque quiere tendernos una trampa. Si sus soldados se quedan quietos, de pie, apoyándose en las alabardas, es porque están

mal alimentados. Si sus aguadores son los primeros en beber, es que están sedientos. Si ven algún beneficio alcanzable y no entran a por él, es que están exhaustos.

Si los pájaros anidan en algún sitio, es que dicho sitio está vacío. Si se oyen voces de noche, es que están inquietos los enemigos. Si hay confusión en la tropa, es que el general no tiene peso. Si mueven estandartes y banderas, es que hay caos entre ellos. Si los oficiales se encolerizan, es que hay cansancio entre ellos.

Si matan los caballos para comer la carne y la tropa no prepara sus cacerolas de campaña para cocinarla ni regresa a su campamento, es que están desesperados. Si hacen grupos y susurran alicaídos, es que los hombres se han perdido.

Si dan muchos premios, es que están desesperados. Si infligen muchos castigos, es que atraviesan dificultades. Si hay violencia y luego miedo entre ellos, es que la incompetencia es suma. Si sus emisarios llegan con palabras amables, es que quieren parar y descansar.

Si sus soldados, encolerizados, vienen hacia nosotros con intención de luchar, pero permanecen sin hacerlo durante mucho tiempo, y sin tampoco retirarse, hay que considerarlos con suma cautela.

La clave no está en tener más soldados, sino en no atacar a lo loco, en tener la fuerza unificada y en haber aprehendido bien cómo es el enemigo; eso bastará para que nuestros soldados se apoderen de sus hombres. Pero si no son cuidadosos nuestros soldados y consideran con ligereza al enemigo, caerán sin duda en sus redes.

Si castigas a soldados que aún no se te hayan adherido realmente, no te seguirán; al no seguirte, te resultará difícil valerte de ellos. Por otro lado, si no castigas a los soldados que ya se te hayan adherido, te resultarán igualmente inútiles. Pero no dudes que obtendrás lo que deseas si los tratas con cortesía y los organizas con marcialidad.

Cuando ve la gente que las órdenes son bien ejecutadas, extrae consecuencias y se te adhiere. Pero no se te adhiere cuando ve que tus órdenes no son bien ejecutadas y extrae consecuencias. Así, pues, el que se asegura de que sus órdenes

sean ejecutadas tendrá gente de confianza y la gente depositará su confianza en él.

---

1 El Emperador Amarillo es una figura mitológica y multifacética de la cultura china. Aquí, el autor se refiere al mito de la batalla primordial y primera, en la que el Emperador Amarillo venció a los ejércitos de los otros cuatro emperadores del Cielo que se habían sublevado contra él. Pueden encontrarse los mitos completos en nuestra *Mitología de la China antigua*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp. 181-193.

El Emperador Amarillo es una figura mitológica y multifacética de la cultura china. Aquí, el autor se refiere al mito de la batalla primordial y primera, en la que el Emperador Amarillo venció a los ejércitos de los otros cuatro emperadores del Cielo que se habían sublevado contra él. Pueden encontrarse los mitos completos en nuestra *Mitología de la China antigua*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp. 181-193.

Lo bueno de estos cuatro puntos militares sirvió al Emperador Amarillo para vencer a los cuatro ejércitos de los otros cuatro emperadores[1].

Capítulo 10

La topografía

Dijo el maestro Sun:

He aquí los terrenos que hay: “francos”, “colgantes”, “con ramas”, “estrechos”, “peligrosos” y “lejanos”.

Si desde nosotros se puede ir hacia el enemigo y desde ellos se puede venir hacia nosotros, hablamos de “terreno franco”. En tales terrenos hay que ocupar antes que el enemigo las zonas altas y con luz y sol, y aprovecharse de los caminos para abastecimiento de vituallas. Tal batalla nos será ventajosa.

Si desde nosotros se puede ir hacia el enemigo, pero desde éste no se puede regresar, hablamos de “terreno colgante”. En tales terrenos hay que salir cuando el enemigo no esté preparado y ganaremos la batalla. Pero si salimos contra un enemigo preparado y no la ganamos, nos será difícil regresar. No hay ahí beneficio ninguno.

Si nosotros salimos pero sin beneficio ninguno, y ellos salen también sin beneficio ninguno, entonces hablamos de “terreno con ramas”. En tales terrenos si el enemigo no nos ofrece ninguna ventaja, no hay que salir. Más bien, hay que atraerlo al tiempo que se amaga huida, lograr que salga la mitad de su tropa y atacarle entonces. Tal batalla nos será beneficiosa.

En los “terrenos estrechos”: si somos nosotros los que tomamos posiciones primero, hay que bloquearlo y esperar así al enemigo. Pero si es éste el que ha tomado posiciones antes y lo bloquea, no debemos ir tras él; pero si no lo bloquea, sí debemos perseguirle.

En los “terrenos peligrosos”: si somos nosotros los que ocupamos posiciones primero, hay que ocupar las zonas elevadas y con luz y sol, y esperar así al enemigo. Pero si es éste el que ha tomado posiciones antes, hay que atraerle al tiempo que se amaga huida, pero nunca ir tras él.

En los “terrenos lejanos”: si las fuerzas están igualadas, es difícil que estalle la guerra. Tal guerra no será beneficiosa para nadie.

Hemos tratado así los seis tipos. Puesto que son la clave de la topografía, es deber del general examinarlos con sumo celo.

En cuanto a los tipos de tropa, hay los siguientes: “que se va”, “que se retrae”, “que decae”, “que se derrumba”, “caótica” y “desmandada”. Y ninguna de estas desgracias se debe al Cielo, sino a los errores de algún general.

Si las fuerzas están igualadas, pero un ejército ataca a otro que es diez veces superior en número, hablamos de tropa “que se va”.

Si los soldados están fuertes y los oficiales, débiles, hablamos de tropa “que se retrae”.

Si los oficiales están fuertes y los soldados, débiles, hablamos de tropa “que decae”.

Si los oficiales superiores se encolerizan e incumplen órdenes y atacan llenos de resentimiento al enemigo sin que su general haya podido evaluar qué posibilidades tienen, hablamos de tropa “que se derrumba”.

Si el general es débil y poco riguroso, y no da órdenes claras, y tanto oficiales como soldados obran sin sistema ninguno, y la formación resulta azarosa, hablamos de tropa “caótica”.

Si el general es incapaz de evaluar bien al enemigo y lanza a pocos contra muchos y con débiles ataca fuertes, y carecen sus soldados de una bien elegida vanguardia, hablamos de tropa “desmandada”.

Hemos tratado así seis tipos. Puesto que son la clave de la derrota, es deber del general el examinarlos con sumo celo.

Mira, pues, que la topografía es algo que ayuda en la guerra. También el evaluar al enemigo para tener bajo control la victoria y el evaluar los riesgos y las distancias forman parte de la clave del general egregio. Conocer dichos factores conduce a la victoria segura y desconocerlos a la segura derrota.

Cuando veas segura la victoria y tu señor te prohíba luchar, puedes luchar. Cuando veas segura la derrota y tu señor te mande luchar, puedes no luchar. Porque aquel que entra en batalla sin buscar la gloria, que retrocede sin temor al castigo y que tiene por único objetivo el proteger a sus hombres y el dar a su señor todo beneficio, es una joya para todo reino.

Al que mira a los soldados como a sus hijos recién nacidos, se le sigue hasta las mayores angosturas de los valles. Al que mira a los soldados como a sus hijos queridos, se le sigue hasta la muerte. El que los trate con generosidad será incapaz de dirigirlos; el que les tome cariño será incapaz de mandarles; el que los trate desordenadamente será incapaz de gobernarlos. Y se volverán como niños mimados, inútiles.

Saber que tus tropas pueden atacar e ignorar si el enemigo es invulnerable es tener media victoria.

Saber que el enemigo es vulnerable e ignorar si tus tropas son invulnerables es tener media victoria también.

Saber que el enemigo es vulnerable, saber que tus tropas son vulnerables también, e ignorar si la topografía te es ventajosa para la victoria o no, es tener media victoria.

De ahí que el que sabe hacer la guerra no se confunde cuando se mueve, ni se queda corto cuando hace algo.

Quien conoce al otro y se conoce a sí mismo obtendrá una victoria segura. Quien conoce el clima y el terreno obtendrá una victoria total.

Capítulo 11

Las nueve clases de terreno

Dijo el maestro Sun:

He aquí el arte de hacer la guerra.

He aquí los terrenos que hay: dispersos, leves, en liza, francos, cruzados, pesados, inestables, atrapados y mortales.

Si hay que luchar en un terreno de duques y condes, tenemos un terreno de tipo “disperso”.

Si es un terreno en el que se internan nuestros hombres, pero no mucho, tenemos un terreno de tipo “leve”.

Si es un terreno del que nos apoderamos y que nos reporta beneficios, pero igualmente se los reportaría al enemigo si se apoderara de él a su vez, tenemos un terreno de tipo “en liza”.

Si podemos ir y ellos pueden venir, tenemos un terreno de tipo “franco”.

Si es un terreno de algún duque o conde que conecta tres reinos, en el que el que primero que llegue podría dominar muchos reinos, tenemos un terreno de tipo “cruzado”.

Si es un terreno en el que se internan los hombres muy adentro, dejando a sus espaldas gran cantidad de ciudades amuralladas, tenemos un terreno de tipo “pesado”.

Si tiene montes y bosques, peligros y obstáculos, humedales y pantanos, esto es, si es de difícil tránsito, tenemos un terreno de tipo “inestable”.

Si se entra a él por estrechos pasos y se sale de él por tortuosos caminos, y en él los enemigos podrían atacarnos aun siendo pocos y nosotros muchos, tenemos un terreno de tipo “atrapado”.

Si en él hay que luchar desesperadamente para sobrevivir y la muerte es segura a menos que se luche desesperadamente, tenemos un terreno de tipo “mortal”.

Por lo dicho, en los terrenos de tipo disperso no hay que luchar; en los de tipo leve, no hay que detenerse; en los de tipo en liza, no hay que atacar; en los de tipo franco, no hay que bloquearlos; en los de tipo cruzado, hay que formar alianzas;

en los de tipo pesado, hay que apoderarse de las ciudades; en los de tipo inestable, hay que cruzarlos; en los de tipo atrapado, hay que tramar estratagemas, y, en fin, en los de tipo mortal, hay que entablar batalla.

Los llamados grandes estrategas de la Antigüedad eran capaces de impedir en el enemigo que su vanguardia y su retaguardia estuvieran unidas; que sus grupos de soldados de mayor tamaño lucharan cerca de los de menor tamaño; que auxiliaran con dinero a las tropas sin dinero; que superiores y subordinados se ayudasen los unos a los otros; que los soldados que se separaran pudieran reunirse con sus batallones y, en fin, que los que estuvieran juntos pudieran aunar esfuerzos.

Hay que actuar solamente cuando hay beneficios que obtener. Cuando no los haya, hay que mantenerse quieto.

–Si el enemigo es muy numeroso y tiene una buena formación y está a punto de venir, ¿cómo hay que esperarle?

–Lo primero es conseguir aquello que él más quiere; verás como luego es él quien te escucha a ti.

En la guerra, es fundamental la rapidez, el aprovecharse de lo que el otro no se espera, el ir por insospechados caminos, el atacar allí donde el otro no está armado.

He aquí cómo hacer una incursión: hay que adentrarse mucho, lo cual mantiene a las tropas bien unidas, para que el enemigo sea incapaz de contenerte. Hay que apoderarse de los campos fértiles, para tener bien alimentados a los Tres Ejércitos. Hay que mantener a las tropas en buen estado físico, sin fatigarlas, con un vigor bien cohesionado, haciendo acopio de fuerza. Hay que desplazar las tropas según los cálculos y la estrategia, para, así, no ser descubierto.

Si se lanza a las tropas allá de donde no hay vía de regreso, morirán, no tendrán escapatoria. Y los muertos nada consiguen ya. Tanto oficiales como soldados habrán entregado hasta su último aliento. Porque cuando las tropas se ven en las últimas, pierden todo miedo, y cuando carecen de vía de salida, se

mantienen firmes, y cuando han penetrado mucho en territorio enemigo, se mantienen bien unidas, y cuando no hay esperanza ya, se baten.

Tales tropas están siempre listas sin necesidad de castigos, entran en acción sin necesidad de pedírselo, se hermanan entre ellas sin necesidad de ordenárselo, son fiables sin necesidad de mandárselo, y llegan hasta donde la muerte los aguarda siempre que se les haya prohibido realizar adivinación y se les haya eliminado toda duda.

Que nuestros oficiales no posean nada superficial ni abominen las riquezas. Que no tengan esperanza de vivir mucho tiempo ni abominen la larga vida. El día en que se vayan a lanzar a la batalla, sin duda que se sentarán a llorar humedeciendo sus uniformes y se acostarán boca arriba mojándose las mejillas con las lágrimas, pero no habrá uno solo de éstos que no avance cuando los lances a la batalla incluso allá de donde no hay vía de regreso, no habrá uno solo cuya valentía no sea comparable a la de Zhu o a la de Gui.

El buen estratega debe parecerse a una *shuairan*, esas serpientes típicas del monte Heng que, cuando se les da en la cabeza, te alcanzan con la punta de la cola; cuando se les da en la cola, es la cabeza con lo que te alcanzan, y cuando se les da en medio, te alcanzan con la cola y la cabeza a la vez.

–¿Es posible conseguir que las tropas se parezcan a una *shuairan*?

–Lo es. Piensa en lo mal avenidos que están los del reino de Wu y de Yue. Si se vieran en la misma barca cruzando un río y se levantara un viento peligroso, ¿acaso no se ayudarían entre ellos, como hacen la mano izquierda y la derecha?

Para que una formación pueda considerarse buena no basta con que los caballos vayan bien acompasados y las ruedas de los carros estén bien protegidas. Hay que conseguir que el valor de los soldados sea como si fuera solamente uno. Hay que hacer uso tanto de los soldados fuertes como de los débiles, y eso se hace haciendo buen uso del tipo de terreno en que se esté. El buen estratega conduce las tropas como si

fueran un solo hombre al que llevara de la mano.

Debe el general ser inmutable y, así, resultar inescrutable. Debe ser recto y, así, poder gobernar con orden. Debe ser capaz de despistar ojos y oídos de sus propios mandos y soldados y, así, tenerlos en el desconocimiento. Debe tener al pueblo en igual falta de conocimiento cambiando las cosas y variando los planes, cambiando de residencia, tomando caminos insospechados y tortuosos y, así, tendrá al pueblo sin saber.

Que el jefe exija, como quien pide que suban los soldados a un lugar elevado y luego tiren las escalas, que se adentren mucho en territorio de duques y de condes, y luego disparen su ballesta. [Como pastor que anda llevando su rebaño para allá y para acá sin saberse por qué.][1]

Juntar los Tres Ejércitos y lanzarlos al peligro, he ahí un asunto propio del general. También lo es examinar con todo celo los nueve tipos de terreno, los beneficios y las pérdidas de un ataque, y la lógica que rige el corazón de sus hombres.

[2]He aquí cómo hacer una incursión: el adentrarse mucho cohesiona y el adentrarse sólo un poco desune.

Cuando se abandona el propio reino y se interna uno en territorio enemigo, hablamos de estar en territorio “arduo”. El territorio es de tipo “cruzado” si cuenta con vías de comunicación por los cuatro costados. Es de tipo “pesado” si nos internamos en él muy adentro. Es de tipo “leve” si nos internamos, pero no muy adentro. Es de tipo “atrapado” si detrás tenemos terreno sólido y delante pasos estrechos. Es de tipo “mortal” si no tiene vía de regreso.

De ahí que, en terrenos de tipo “disperso”, hay que unirse como en una sola intención. En terrenos de tipo “leve”, hay que mantenerse en contacto permanente. En terrenos de tipo “en liza”, hay que llevar la retaguardia junto a la vanguardia. En terrenos de tipo “franco”, hay que cuidar de nuestra protección. En terrenos de tipo “cruzado”, hay que afianzar nuestras alianzas con otros. En terrenos de tipo “pesado”, hay que asegurarse las vituallas. En terrenos de tipo “atrapado”,

hay que bloquear los accesos, y, en fin, en terrenos de tipo “mortal”, hay que revelar que no vamos a vivir.

Cuando los soldados están rodeados, sienten que hay que resistir. Cuando todo les parece perdido, que hay que luchar. Cuando corren peligro, que hay que obedecer.

Si desconocemos qué planes tienen los duques y los condes, es imposible proponerles alianzas. Si desconocemos qué nos deparará cierto terreno, si montes y bosques, peligros y obstáculos, o humedales y pantanos, no se conseguirá un buen desplazamiento de las tropas. Si no nos servimos de los guías locales, no podremos aprovecharnos de las ventajas que nos brinde el terreno en cuestión.

Si quieres que tu ejército sea el ejército del rey hegemónico[3], no puedes dejar de conocer bien ni un solo elemento entre los que hemos mencionado. El ejército del que será rey, cuando ataca a un reino de gran tamaño, impide que las tropas de éste se reúnan; aumenta la presión sobre el enemigo y así aborta sus posibles alianzas con otros reinos.

No lucha para conseguir aliarse con todos los demás reinos, ni favorece el que todos los demás reinos ganen poder. Antes bien, confía esencialmente en su capacidad y aumenta la presión sobre el enemigo, siendo así como logra capturar ciudades, arrasar reinos.

Hay que dar los premios fuera de lo previsto por las normas. Hay que dar las órdenes fuera de lo previsto por la administración. Hay que dirigir un enorme ejército con sus Tres Ejércitos como si de un solo hombre se tratara.

Enfrenta al ejército a las cosas mismas sin decirle nada al respecto. Enfréntale a los beneficios sin decirle nada de los peligros. Y si lo lanzas a un campo de destrucción, sobrevivirá. Y si lo llevas a un campo de muerte, vivirá. Y si lo conduces al peligro, será capaz de trocar derrota en victoria.

En la guerra, hay que obrar según las intenciones del enemigo y concentrarse en uno solo de sus puntos, y entonces resulta

factible recorrer miles de leguas y dar muerte a su general. He ahí lo que denomino un “éxito inteligente”.

El día en que se vaya a atacar, hay que cerrar todas las fronteras, destruir todas las cédulas de identidad[4], cortar el paso a todo emisario. Hay que meditar los cálculos en el Templo para, así, afianzar las cosas.

Si hay en el enemigo huecos, aprovéchalos para entrar.

Adelántate a conseguir lo que él quiere conseguir y no aceptes fecha para parlamentar con él.

Decide tu estrategia de batalla según lo que vaya haciendo el enemigo.

Al principio, aparece como una damisela, y cuando haya abierto la puerta el enemigo, sé veloz como una liebre. Y no podrá el enemigo contenerte.

---

1 Esta frase entre corchetes aparece en algunas ediciones de la obra y en otras no.

2 Aquí comienza una serie de frases que son una repetición, con leves variaciones de sentido y orden, de algunas que dan comienzo al presente capítulo. Estas repeticiones constituyen una de las pruebas de que nuestro libro fue formándose por acumulación de textos de una temática semejante, de que no fue escrito por una sola mano de un tirón.

3 Este término, «rey hegemónico» (王霸), es precisamente el que llamábamos en la Introducción «jefe hegemónico». Véanse páginas 33-34 *supra*.

4 En chino *fu,* 符. Se trataba de unas pequeñas figuras (a veces con formas de animales) hechas de diversos materiales que servían para identificar a las personas de cierto rango y que eran necesarias para poder entrar y salir de las ciudades y transitar por las vías de los reinos.

Aquí comienza una serie de frases que son una repetición, con leves variaciones de sentido y orden, de algunas que dan comienzo al presente capítulo. Estas repeticiones constituyen una de las pruebas de que nuestro libro fue formándose por acumulación de textos de una temática semejante, de que no fue escrito por una sola mano de un tirón.

Esta frase entre corchetes aparece en algunas ediciones de la obra y en otras no.

En chino *fu,* 符. Se trataba de unas pequeñas figuras (a veces con formas

de animales) hechas de diversos materiales que servían para identificar a las personas de cierto rango y que eran necesarias para poder entrar y salir de las ciudades y transitar por las vías de los reinos.

Este término, «rey hegemónico» (王霸), es precisamente el que llamábamos en la Introducción «jefe hegemónico». Véanse páginas 33-34 *supra.*

Si quieres que tu ejército sea el ejército del rey hegemónico3, no puedes dejar de conocer bien ni un solo elemento entre los que hemos mencionado. El ejército del que será rey, cuando ataca a un reino de gran tamaño, impide que las tropas de éste se reúnan; aumenta la presión sobre el enemigo y así aborta sus posibles alianzas con otros reinos.

2He aquí cómo hacer una incursión: el adentrarse mucho cohesiona y el adentrarse sólo un poco desune.

Que el jefe exija, como quien pide que suban los soldados a un lugar elevado y luego tiren las escalas, que se adentren mucho en territorio de duques y de condes, y luego disparen su ballesta. [Como pastor que anda llevando su rebaño para allá y para acá sin saberse por qué.]1

El día en que se vaya a atacar, hay que cerrar todas las fronteras, destruir todas las cédulas de identidad4, cortar el paso a todo emisario. Hay que meditar los cálculos en el Templo para, así, afianzar las cosas.

Capítulo 12

La guerra con fuego

Dijo el maestro Sun:

He aquí los cinco tipos de ataque con fuego que hay: quemar hombres, quemar vituallas, quemar bienes personales, quemar almacenes y quemar batallones.

Atacar con fuego debe hacerse solamente cuando contamos con los medios y el material necesarios.

El prender un fuego tiene su estación, el encender un fuego tiene sus días. La estación es la estación seca y los días son los días en que la Luna está en Sagitario, Pegaso, Cráter o El Cuervo: son las cuatro constelaciones en cuyos días se levanta viento.

Atacar con fuego debe hacerse según los cinco tipos de ataque con fuego que hay, añadiendo un ataque del ejército.

Si se incendia al enemigo en su interior, hay que apresurarse en atacarle desde fuera. Si se ha lanzado un fuego, pero los soldados enemigos conservan la calma, hay que esperar, sin atacar, hasta que el incendio haya cobrado máxima virulencia, y entonces, si es viable el ataque, se ataca, pero si no lo es, no se ataca. Por otro lado, si se incendia al enemigo en su exterior, no hay por qué esperar a que haya fuego en su interior también: hay que atacar simplemente cuando sea el mejor momento.

El ataque con fuego se lanza con el viento a favor, nunca en contra.

El viento durante el día dura; durante la noche, se para.

Gracias al conocimiento de los cinco tipos de ataque con fuego que hay, se puede hacer cálculos y protegerse bien.

El fuego aporta claridad a cualquier ataque; el agua, fuerza.

El agua tiene la capacidad de aislar, pero no de capturar y llevarse lo capturado.

Ganar una batalla es atacar y capturar. De ahí que sea muy malo no premiar a quienes consiguen sus objetivos, el destino

llamará “avaro” a quien así haga. Un señor inteligente tendrá esto siempre en cuenta y un buen general siempre dará tales premios.

No hay que moverse si no va a haber algún beneficio.
No hay que luchar si no se va a ganar.
Si no se está en peligro, no hay que ir a la guerra.

No puede un señor ir a la guerra por un enfado, ni puede un general lanzarse a la batalla por estar airado. Hay que actuar solamente cuando vaya a haber algún beneficio y permanecer inmóvil cuando no lo vaya a haber. Porque lo que fue enfado puede volverse agrado y lo que fue ira, calma, pero no volverá a la existencia un estado que haya desaparecido ni a la vida un muerto.

Todo señor inteligente es prudente. Todo buen general es cuidadoso. He ahí cómo se llega a mantener el ejército entero y la paz en el reino.

Capítulo 13

El espionaje

Dijo el maestro Sun:

Preparar un ejército de cien mil hombres y llevarlos hasta el frente a diez mil leguas de distancia acarrea unos gastos al pueblo llano y al reino de miles de monedas al día, y una serie de inquietudes tanto con respecto a los otros reinos como al propio, y hombres fatigándose por los caminos, y setenta mil familias dejando de lado sus quehaceres[1], cuando en realidad en un solo día podría resolverse un enfrentamiento que se haya venido dando durante incontables años. Pero aquel que ama su rango y su salario no quiere que suceda tal cosa, prefiere ahorrarse cien mil monedas y seguir ignorando cuál es la situación del enemigo. Obra así sólo quien carece de toda generosidad, alguien que no es un general de hombres, ni un báculo para su señor, ni un artífice de victorias. Porque es precisamente conociendo con anticipación como cualquier señor inteligente y cualquier general sabio podrían vencer en toda acción y obtener egregios logros.

Para conocer con anticipación no hay que buscar la información en los dioses y los espíritus, ni en la adivinación del futuro, ni en los cálculos por estimación, sino exclusivamente en las personas, en quienes saben la situación del enemigo.

He aquí los cinco tipos de espías que hay: “locales”, “internos”, “vueltos”, “muertos” y “vivos”. Los espías locales son los que reclutamos en sus propias aldeas. Los espías internos, los que reclutamos en la administración enemiga. Los espías vueltos, los que reclutamos entre los espías enemigos. Los espías muertos, los que dan falsos informes al enemigo y luego se convierten en espías a su servicio. Y, en fin, los espías vivos son los que regresan informando.

De todo esto se sigue que, en el ejército, los espías deben ser los más apreciados y mejor recompensados, aquellos a los que no se oculta ningún secreto.

Para servirse bien de los espías hay que ser sabio. Para dirigir bien a los espías hay que ser generoso y justo. Para obtener la verdad de los espías hay que ser sincero y sutil de corazón.

¡Oh, qué sutilidad! ¡Oh, qué sutilidad la de los espías, útiles para todo!

Si un espía informa de algo que va a suceder y otra persona divulga lo mismo, hay que ajusticiar tanto al espía como al que lo divulgó.

Del ejército que se quiere atacar, de la ciudad que se quiere tomar y de aquel a quien se quiera matar hay que saber con anticipación: quién es el general, quiénes los vigilantes, la guardia personal, los nombres de los ayudantes de cámara… Hay que ordenar a nuestros espías que consigan tal información.

A los espías enemigos que vinieran a espiarnos, hay que ofrecerles, una vez descubiertos, beneficios materiales, ganárselos, alojarlos bien, y, así, conseguir que se vuelvan agentes a nuestro servicio. Siendo esto así y con sus informes, se puede emplear mejor a los espías “locales” e “internos”. Siendo esto así y con sus informes, se puede dar mejor falsos informes al enemigo diciéndole lo que queramos por medio de espías “muertos”. Siendo esto así y con sus informes, se puede saber mejor cuándo y cómo dirigir a nuestros espías “vivos”.

El señor debe estar al tanto de todo lo que estén haciendo todos sus espías, los de los cinco tipos. Puesto que sólo puede saberlo por el informe de los espías “vueltos”, ha de tratar a éstos con extrema generosidad.

En la Antigüedad, la casa de Yin nació gracias a Yi, quien en principio servía a la casa de Xia; la casa de Zhou nació gracias a Lü, quien servía a otra casa, la de Yin.

Sólo los señores inteligentes y los buenos generales vierten en el espionaje su más elevada sabiduría; y de ahí que obtengan grandes logros.

El espionaje es la clave de la guerra, lo que lleva a los Tres Ejércitos a hacer o no hacer cualquier movimiento.

1 Porque las tropas se reclutaban entre el pueblo llano campesino, como veíamos en la Introducción, páginas 42 ss.

Porque las tropas se reclutaban entre el pueblo llano campesino, como veíamos en la Introducción, páginas 42 ss.

Preparar un ejército de cien mil hombres y llevarlos hasta el frente a diez mil leguas de distancia acarrea unos gastos al pueblo llano y al reino de miles de monedas al día, y una serie de inquietudes tanto con respecto a los otros reinos como al propio, y hombres fatigándose por los caminos, y setenta mil familias dejando de lado sus quehaceres[1], cuando en realidad en un solo día podría resolverse un enfrentamiento que se haya venido dando durante incontables años. Pero aquel que ama su rango y su salario no quiere que suceda tal cosa, prefiere ahorrarse cien mil monedas y seguir ignorando cuál es la situación del enemigo. Obra así sólo quien carece de toda generosidad, alguien que no es un general de hombres, ni un báculo para su señor, ni un artífice de victorias. Porque es precisamente conociendo con anticipación como cualquier señor inteligente y cualquier general sabio podrían vencer en toda acción y obtener egregios logros.

Bibliografía

Hemos tomado nuestros datos de las siguientes obras. Siendo todas buenas para ahondar en *El arte de la guerra* desde distintos puntos de vista, la más completa y general es Loewe y Shaughnessy (2008); las más inteligentes: Liang Chi-chao, y Needham y colaboradores.

Allan, S., editor, K. C. Chang y Xu Pingfang (2005), *The Formation of Chinese Civilization*,Yale UP, New Haven.

Byrne, Rebecca Z. (1974), «Harmony and Violence in Classical China: A Study of the Battles of the *Tso-chuan*», Tesis doctoral, University of Chicago.

Chhên Thing-Yüan y Li Chên, editores (1963-1976), 中國歷代戰爭史, 18 vols., 軍事譯文出版社, Taipei, 1983.

Escarra, Jean (1936), *Le droit chinois*, Henri Vetch, Pekín, pp. 7-105.

Granet, M. (1929), *La civilization chinoise*, Albin Michel, París, 1948, pp. 307 y ss.

Griffith, Samuel B. (1963), *Sun Tzu. The Art of War,* Oxford UP, Oxford, 1971, Introducción.

Kierman, Frank A., Jr., y Joseph K. Fairbank, editores (1974), *Chinese Ways in Warfare*, Cambridge UP, Cambridge.

Kierman, Frank A. (1974), «Phases and Modes of Combat in Early China», en Kierman, F. A. y J. K. Fairbank, editores (1974), pp. 27 y ss.

Lévi, J. (1981), *Shang Yang. Le livre du prince Shang*, Flammarion, Saint-Amand, Introducción.

Lewis, M. E. (1990), *Sanctioned Violence in Early China,* SUNY Press, N. York.

Lewis, M. E. (2005), «Writings on Warfare Found in Ancient Tombs», *Sino-Platonic Papers*, 58 (agosto), pp. 1-15.

Liang Chi-chao (1930), *History of Chinese Political Thought during Early Tsin Period*, Harcourt, Brace & Company, N. York, y Kegan Paul, Trench & Co., Londres.

Liu Yongping (1998), *Origins of Chinese Law*, Oxford UP, Oxford.

Loewe, Michael y Edward L. Shaughnessy, editores (2008), *The Cambridge History of Ancient China*, Cambridge UP, Cambridge.

Loewe, Michael, editor (1993), *Early Chinese Texts*, The Society for

the Study of Early China, Berkeley.
Mair, Victor H. (2007), *The Art of War,* Columbia UP, N. York.
Needham, Joseph y Robin Yates y otros (1994), *Science and Civilization in China*, vol. 5, parte VI: *Military Technology*, Cambridge UP, Cambridge.
Poo Mu-Chou (1998), *In Search of Personal Welfare. A View of Ancient Chinese Religion*, SUNY Press, N. York.
Scleichert, Hubert y Heiner Roetz (2009), *Filosofía china clásica*, Herder, Barcelona, 2013, traducción de A. Peñataro Sánchez.
Wallacker, Benjamin E. (1966), «Two Concepts in Early Chinese Military Thought [*chêng* and *chhi*]», *Language*, 42.2, pp. 295-99.
Yang Hong (1992), *Weapons in Ancient China*, Science Press, Beijing.
Yang Hong (2005), 古代兵器通论, 紫禁城出版社, Pekín.
Yang Lien-Sheng (1968), «Historical Notes on the Chinese World Order», en Fairbank, J. K., editor, *The Chinese World Order*, Harvard UP, Cambridge (Mass), reimpresión 1974.
Yates, Robin D. S. (1988), «New Light on Ancient Military Texts: Notes on Their Nature and Evolution and Development of Military Specialization in Warring States China», *T'oung Pao,* 74, 4-5, pp. 211-48.

Lecturas recomendables

A continuación proponemos una serie lecturas de obras clásicas de los tiempos de *El arte de la guerra*. Sólo seleccionamos obras en español.

De la escuela moísta:

Mo Ti. Política del amor universal, Tecnos, Madrid, 1987, traducción de C. Elorduy.

De la escuela confuciana:

Confucio, Mencio, *Los cuatro libros*, Paidós, Barcelona, 2002, traducción de J. Pérez.

Confucio, *Lun Yu: reflexiones y enseñanzas*, Kairós, Barcelona, 1997, traducción de A.-H. Suárez.

De la escuela taoísta:

Tao Te Ching, Alianza Editorial, Madrid, 2011, versión de S. Mitchell y traducción al español de J. Viñes.

Los libros del Tao, Trotta, Madrid, 2006, traducción de I. Preciado.

Zhuang Zi. «Maestro Chuang Tsé», Kairós, Barcelona, 2007, traducción de I. Preciado.

De la escuela legista:

Han Fei Zi, *El arte de la política,* Tecnos, Madrid, 2010.

Poesías sobre el mundo de la dinastía Zhou:

Libro de los cantos, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

Sobre las escuelas clásicas de pensamiento:

H. Scleichert y H. Roetz, *Filosofía china clásica*, Herder, Barcelona, 2013, traducción de A. Peñataro.

Novela histórica:

Jean Lévi, *El gran emperador y sus autómatas,* Círculo de Lectores, Barcelona, 1991, traducción de M. C. García-Lomas.

Índice

Título original: 孙子兵法
Título en español: El arte de la guerra

Edición en formato digital: 2022

© de la traducción del chino clásico y el estudio introductorio: Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-136-2898-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.